

# ESCRIBIR

(Una antología)

*Henry David Thoreau*



«Por lo general, no recordamos que, al fin y al cabo, siempre es la primera persona la que habla. No hablaría tanto de mí mismo si hubiera otra persona a quien conociera tan bien. Por desgracia, estoy limitado a este asunto por la pobreza de mi experiencia. Además, por mi parte, exijo de todo escritor, antes o después, un relato sencillo y sincero de su propia vida, y no sólo lo que ha oído de las vidas de otros hombres; un relato como el que enviaría a sus parientes desde una tierra lejana, porque si ha vivido sinceramente, tiene que haber sido en una tierra lejana para mí». H. D. Thoreau.

El *Diario* de Thoreau era la materia prima de la que extraería sus textos acabados, pero es probable que a su autor le satisficiera especialmente esa huella reciente, o arte en bruto, de la que hemos extraído en su mayor parte, como si fueran gemas, los fragmentos que componen la antología de *Escribir*. Éstos son, literal y figuradamente, los reflejos de un esfuerzo permanente por registrar los «momentos sinceros» de su vida y su pensamiento, y forman, por así decirlo, un yacimiento de lo más precioso de cuanto Thoreau quiso decir: algo capaz de despertar en el lector la conciencia de lo que significa ser una criatura adyacente a la naturaleza y la lengua.



Henry David Thoreau

# **Escribir**

**(Una antología)**

**ePub r1.0**

**Daruma 15.10.13**

Henry David Thoreau, 1838

Introducción, selección y traducción: Javier Alcoriza, Antonio Casado da Rocha y Antonio Lastra

Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma

ePub base r1.0

---

más libros en **ePubGratis**

---

# **INTRODUCCIÓN**

**Una revisión de la mitología**

Allí trabajábamos, revisando la mitología, dándole vueltas a una fábula y construyendo castillos en el aire para los que la tierra no ofrecía un fundamento digno.

WALDEN

«Pobre de aquel que se olvide de Thoreau», dice uno de los personajes de Paul Auster en su novela *Brooklyn Follies*. El consejo es de especial utilidad para los que escriben, pues Henry David Thoreau tuvo muchos trabajos, pero fue ante todo un escritor. En una carta al bibliotecario de la Universidad de Harvard fechada el 17 de septiembre de 1849 confesó que había «elegido las letras como profesión», y que los libros eran sus «herramientas y materiales de trabajo». Como reconocía no tener medios para adquirirlos, Thoreau se consideraba la clase de persona para quien se habían creado especialmente las bibliotecas.

Maestro del ensayo y de la historia natural, de la autobiografía y de la narrativa de viajes, Thoreau aprendió el arte de escribir mediante un permanente diálogo consigo mismo en las páginas de su diario, que comenzó a instancias de su amigo Ralph Waldo Emerson. Nuestra antología reúne más de doscientos fragmentos extraídos de ese diario y de las obras que el diario engendró, desde que Thoreau salió de la Universidad de Harvard en 1837 hasta su muerte, en 1862, incluyendo la correspondencia y algunos proyectos que permanecieron inéditos hasta hace bien poco. En ellos, Thoreau reflexiona sobre la vocación y el oficio literarios, sobre sus temas y sus circunstancias, desde lo más idealista a lo más práctico, mostrando la poética esencial de un escritor en continua búsqueda de «la libertad y la vigilia» de su

genio.

En uno de estos pasajes podemos leer que una palabra es más sabia que una serie de ellas. Algunas de las palabras que Thoreau empleó con mayor frecuencia o que escogió deliberadamente constituyen casi una pauta de lectura de todas las demás: *scholar*, por ejemplo (que puede traducirse por «escolar», «escritor», «erudito», «hombre o mujer de letras»), o *mythology*. Es casi seguro que a Thoreau no le habría entusiasmado la labor de sus editores; algo de su «pensamiento salvaje» se habría resistido a los estudios preliminares, las notas a pie de página y las antologías, y algo de la potencia de esa escritura podría asociarse, de hecho, a la imagen de un animal enjaulado, si no fuera porque la jaula, como el propio filósofo y *scholar* de la naturaleza habría objetado, sería una metáfora menos apropiada que el arado como «un instrumento en su mano». El lector de Thoreau no va de caza, sino que debe estar dispuesto a cosechar las semillas que estas páginas contienen. El *American Scholar*, había dicho Emerson —y el joven Thoreau había tenido oídos para oírlo—, no debía convertirse en un mero «restaurador de lecturas». Su función, más bien, debía consistir en lo que Thoreau llamó «revisar la mitología», y toda su concepción y el ejercicio de su escritura se orientan hacia esa labor, a menudo incomprensible y trascendentalista, de emancipar al lenguaje y a los lectores.

Thoreau exploraba con libertad los límites de su diario, y lo hacía, como resulta obvio, por medio de la escritura, que se ha convertido así en el registro de su vida y su pensamiento. Los dos términos debían ser convergentes, y la máxima aspiración del escritor habría sido lograr una traducción de los días de su vida en las páginas manuscritas; pero una aspiración no era un método, de manera que la lucha debía comenzar de nuevo con cada entrada. Thoreau quería anticiparse a la naturaleza y no dejaba de admitir que somos seres «tardíos», desanimados «si no fuera por la facultad de la imaginación». Aunque no todas las anotaciones manifiestan esa lucha, contradicción o tensión de su escritura, resulta evidente para el lector que el autor de *Walden*, en sus momentos más ilustrativos o elocuentes (ya que, según afirma, hay «dos clases de escritura»), intentaba llevar a la práctica, con su arte de escribir, lo que Alexander Nehamas ha denominado

felizmente «el arte de vivir». (Tal vez un capítulo pendiente de ese estudio, que examina los reflejos y reflexiones socráticas en las tradiciones ya existentes de la filosofía, pudiera derivarse de la lectura de las obras de Thoreau o incluso del compendio de pensamientos que aquí presentamos. Stanley Cavell sería, con esa perspectiva, quien ha considerado con mayor detalle, a la vista de la obra de Emerson y de Thoreau, lo que ha significado ser un filósofo o «heredar la filosofía» en América).

Como lector y escritor, como *scholar*, Thoreau favorecía ese género que los americanos llaman *creative nonfiction*: historias que cuentan los hechos reales sin renunciar por ello a los recursos de la ficción. Para él, la única obligación del escritor era decir la verdad, aunque para expresarla a veces tuviera que exagerar un poco. No siempre tuvo éxito como conferenciante y hubo de pagarse los costes de su primer libro, pero el segundo, publicado en 1854, no ha dejado de reimprimirse desde entonces. Tras numerosas revisiones, Thoreau convirtió la laguna de Walden en un «auténtico relato de lo real», «poesía de la más preciada especie». Su consejo para escritores se resume en la conclusión de *Walden*: «Si has construido castillos en el aire, tu obra no tiene por qué perderse: están donde deben estar. Ahora hay que poner los cimientos debajo».

Thoreau escribió a propósito de los libros de Carlyle que no basta con leer, ni siquiera en el momento más receptivo de nuestras vidas. Hay que escribir. Harold Bloom cree haber encontrado la clave de la literatura y de la filosofía americanas en la sensación de haber llegado tarde o, como el propio Thoreau dijo una vez, en la sensación de que carezcamos de un trasfondo adecuado para la existencia. «¿Qué es nuestro relato?», escribió Thoreau en una de las últimas páginas de *Cape Cod*. Tal vez el relato de nuestro tiempo: la narración de la vuelta a la civilización, un regreso tan arduo como la vuelta a la naturaleza («indio» y «alce» fueron sus últimas palabras; al parecer, estaba pensando en su libro sobre los bosques de Maine). Una revisión, en efecto, de la mitología. Una escritura.

# **NOTA BIBLIOGRÁFICA**

Los editores de esta antología leyeron a Thoreau por separado hasta 2005. Ese año, la publicación de la traducción de *Walden* (Madrid, Cátedra) y de la biografía *Thoreau* (Madrid, Acuarela), junto con los buenos oficios del profesor Julián Sauquillo, hizo posible que acometieran juntos este proyecto, apadrinado también por Henrik Otterberg. Thoreau leyó en Plutarco que Alejandro llevaba la *Ilíada* consigo a todas partes; salvando las distancias, este libro pretende ser también un vademécum, por lo que se ha primado en él la brevedad y la sencillez. Sólo había tres sillas en la cabaña de Walden...

Respecto a las fuentes, las obras completas de Thoreau se publicaron por primera vez en 1906, editadas por Bradford Torrey y Francis H. Allen para la editorial Houghton Mifflin de Boston. Esa edición incluía catorce volúmenes del *Journal*, el diario de Thoreau, que fueron reimpresos en 1962. La correspondencia fue publicada por Walter Harding y Carl Bode en 1958, aunque esta edición es ahora imposible de encontrar y será pronto sustituida por la de Princeton UP, editada por Robert N. Hudspeth. Una selección de las cartas de Thoreau se encuentra en *Letters to a Spiritual Seeker*, editadas en 2004 por Bradley P. Dean. The Library of America ha publicado en dos volúmenes las grandes obras de Thoreau y los ensayos junto a los poemas (*A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, *Walden*, *The Maine Woods*, *Cape Cod*, edición de R. F. Sayre, Nueva York, 1985, y *Collected Essays and Poems*, edición de E. Hall Whiterell, Nueva York, 2001).

En cuanto a la literatura secundaria, tal vez el comentario más profundo que se haya publicado sobre la escritura de Thoreau sea *The Senses of Walden*, de Stanley Cavell (Chicago, University of Chicago Press, 1992). De las numerosas monografías recientes, es recomendable la de David M.

Robinson, *Natural Life: Thoreau's Worldy Transcendentalism* (Ithaca, Cornell UP, 2004). Hay dos antologías de Thoreau sobre el arte de escribir: *Thoreau's Comments on the Art of Writing* (edición de Richard Dillman, Lanham, UP of America, 1987) y *Thoreau on Writing* (edición de Eva M. Burkett y Joyce S. Steward, Conway, University of Central Arkansas Press, 1989). En español pueden consultarse *La Constitución americana y el arte de escribir* (Valencia, Universitat de Valencia, 2002), *Emerson transcendens* (Valencia, Universitat de Valencia, 2004) y *Emerson como educador* (Madrid, Verbum, 2007) de Antonio Lastra, y *La ética de la literatura* (Salamanca, Kadmos, 2005) de Javier Alcoriza.

La Universidad de Princeton lleva cuarenta años publicando la edición más completa y fiable de los escritos de Thoreau. Aunque aún no se han completado los treinta volúmenes previstos, lo que obliga en ocasiones a acudir a la edición de 1906 y otras, ésta es la edición de referencia en los estudios thoreauvianos, y la que utilizamos aquí. Cada pasaje de esta selección (cronológicamente ordenada, con excepción del final) está referido por año y página a la bibliografía que sigue, y en los del diario y la correspondencia hemos añadido además la fecha de envío («a los dioses» en el caso del diario). La edición del *Journal* de Princeton publica el texto exactamente como aparece en el manuscrito de Thoreau, conservando todas sus peculiaridades de puntuación y ortografía. En nuestra traducción las hemos adecuado al uso castellano actual y hemos aclarado algunos pasajes mediante notas al pie e interpolaciones entre corchetes.

1847. 'Thomas Carlyle and His Works', en *Early Essays and Miscellanies*, edición de J. J. Moldenhauer, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1975.

1849. *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, edición de C. F. Hovde *et al.*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1980.

1854. *Walden*, edición de J. L. Shanley, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1971.

1860. 'The Last Days of John Brown', en *Reform Papers*, edición de W.

- Glick, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1973.
1862. 'Walking', en *The Natural History Essays*, edición de R. Sattelmeyer, Salt Lake City, Peregrine Smith Books, 1980.
1863. 'Life without Principle', en *Reform Papers*, edición de W. Glick, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1973.
1864. *The Maine Woods*, edición de J. J. Moldenhauer, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1972.
1865. *Cape Cod*, edición de J. J. Moldenhauer, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1988.
1906. *The Writings of Henry D. Thoreau*, edición de B. Torrey y F. H. Allen, 20 vols., Boston, Houghton Mifflin. *The Journal of Henry David Thoreau*, edición de W. Harding, 14 vols., Nueva York, Dover Publications, 1962.
1958. *The Correspondence of Henry David Thoreau*, edición de W. Harding y C. Bode, New York, Nueva York UP.
1981. *Journal 1: 1837-1844*, edición de E. H. Witherell *et al.*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.
1984. *Journal 2: 1842-1848*, edición de R. Sattelmeyer, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.
1990. *Journal 3: 1848-1851*, edición de R. Sattelmeyer *et al.*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.
1992. *Journal 4: 1851-1852*, edición de L. N. Neufeldt y N. C. Simmons, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.
1993. *Faith in a Seed: The Dispersion of Seeds and Other Late Natural History Writings*, edición de B. P. Dean, Washington, Island Press.
1997. *Journal 5: 1852-1853*, edición de P. F. O'Connell, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.
1999. *Wild Fruits*, edición de B. P. Dean, Nueva York, W. W. Norton and Company.
2000. *Journal 6: 1853*, edición de W. Rossi y H. K. Thomas, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.
2002. *Journal 8: 1854*, edición de S. H. Petrulionis, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.

**ESCRIBIR**

¿Y para qué todo este escribir? Contemplar lo que se garrapatea al albur del momento puede producirnos ahora cierta satisfacción, pero mañana, ¡ay!, esta misma noche, ¡ay!, es algo rancio, plano y sin provecho; algo, en fin, de lo que sólo nos queda la concha, como ese rojo caparazón de langosta hervida que te mira abandonado en el camino.

(5 de marzo de 1838, 1906: I: 34)

No deberíamos esforzarnos fríamente en analizar nuestros pensamientos, sino mantener la pluma pareja y paralela a la corriente, lograr una exacta transcripción suya. El impulso es, a la postre, el mejor lingüista y, en cuanto a su lógica, aunque no responda a Aristóteles, no puede dejar de ser la más convincente. Cuanto más nos aproximemos a una completa, pero sencilla transcripción de nuestro pensamiento, más tolerable será la pieza, porque soportamos considerarnos en un estado de pasividad, o en una acción involuntaria, pero rara vez lo soportan nuestros esfuerzos, y menos aún nuestros raros esfuerzos.

(7 de marzo de 1838, 1981: 35)

En cuanto a los temas de redacción, bajo el título de «miscelánea de pensamientos», coloca a una [alumna] junto a una ventana para que anote lo que pasa en la calle, y haz que lo comente, o que mire al fuego, o a una esquina donde haya telarañas, y que filosofe, moralice, teorice o lo que sea.

Que escriban sobre las fruslerías con que ocupan sus manos, o en que piensan. Por no hablar de las ventajas o desventajas de esto o lo otro, o lo de más allá. Que pongan sus ideas por escrito en cualquier estación del año, y que conserven la cadena de sus pensamientos tan íntegra como sea posible.

(6 de octubre de 1838, carta a Helen Thoreau, 1958: 29)

El poeta.

Ha de ser algo más que natural, incluso sobrenatural. La naturaleza no hablará a través de él, sino junto a él. La voz del poeta no procede de la niebla de la naturaleza, sino que, tomando su aliento de ella, hará de la naturaleza la expresión de su pensamiento. Cuando lleva un hecho de la naturaleza al espíritu, poetiza. Habla sin referencia de tiempo ni lugar. Su pensamiento es un mundo, el de la naturaleza otro. El poeta es otra naturaleza, el hermano de la naturaleza.

(3 de marzo de 1839, 1981: 69)

Ninguna definición de la poesía es adecuada salvo que sea poesía. El análisis más preciso de la sabiduría más escogida sigue siendo insuficiente, y el poeta demostrará enseguida que es falso, al rechazar sus exigencias. Es, en realidad, todo lo que no sabemos.

(Enero de 1840, 1981:104)

Ser un hombre es hacer el trabajo de un hombre. Nuestro recurso es siempre el esfuerzo. Podríamos decir perfectamente que nuestros esfuerzos son un éxito. El esfuerzo es la prerrogativa de la virtud.

La tarea recompensa al trabajador, no el patrón. La laboriosidad es su propio salario. No dejemos que nuestras manos pierdan un ápice de su destreza afanándose por una mezquina recompensa, pues sabemos que

nuestro auténtico esfuerzo no puede verse frustrado, ni nuestras ganancias escatimadas salvo por no habérmolas ganado.

(1 de julio de 1840, 1981: 146-147)

El hombre determina lo que dice, no las palabras. Si una persona mediocre usa una máxima sabia, me parece que no puede interpretarse de otra manera que aplicándola a su mezquindad, pero si un sabio hace una observación manida, tendré en cuenta qué interpretación más amplia admite.

(11 de julio de 1840, 1981: 156)

Una palabra es más sabia que cualquier hombre, que cualquier serie de palabras. Tal vez sea falsa en su acepción actual, pero en su acepción más íntima, por etimología y analogía, se da a sí misma por buena. El lenguaje es la obra de arte más perfecta del mundo. El cincel de mil años lo retoca.

(Posterior al 27 de julio de 1840, 1981: 160)

Aún no he leído crítica literaria alguna; nada se considera sólo como yace en el regazo de la belleza eterna. Es necesario decir: amad la verdad y escribid sinceramente. Para no ofender las modas de la época, a menudo se almidona en exceso y se impide descamisarse al ligero vestido del genio. Lo que se sacrifica al tiempo se pierde para la eternidad<sup>[1]</sup>. Este refinamiento y civilidad arquitectónica desaparecerá con el yeso y la lechada, pero la profundidad y la solidez tolerarán el granito. No quiero buenos modales ni ceremonia en los libros; en su compañía no hay risa ni estornudos. Tanto nuestros pensamientos como nuestros cuerpos se visten según la última moda parisina.

(6 de octubre de 1840, 1981: 185)

Con pocas palabras mostramos lo insuficientes que serían muchas. Si tras una conversación devolviera a mi pensamiento su dignidad y autoridad primordiales, podría recurrir de nuevo a mi primer juicio, sencillo y conciso.

En extensión podríamos ofrecer una pauta de concisión, pero en profundidad resultamos prolijos.

(4 de noviembre de 1840, 1981: 194)

Los acontecimientos no tienen una importancia abstracta y absoluta, sino que sólo me conciernen en cuanto se refieren a un hombre. La biografía de un hombre que ha pasado sus días en una biblioteca puede ser tan interesante como las campañas peninsulares. Las memorias de Gibbon lo demuestran. A mi juicio, viaja tan lejos cuando coge un libro del estante como si fuera a los túmulos de Asia. Con que el lisiado me contara con qué hombría se gira en su silla, mira a la ventana sur, y luego al norte, y al final mira al fuego, resultaría tan bueno como un viaje por el continente o las praderas, porque yo mido la distancia hacia el interior y no hacia el exterior. En el perímetro de las costillas de un hombre hay espacio y lugar suficiente para cualquier biografía.

(9 de noviembre de 1840, 1981: 196)

Escatimo al registro el gasto pródigo de amor y gracia que se debe al pensamiento en voz alta: el hombre escribe porque no tiene oportunidad de hablar. ¿Por qué habría de ser la única criatura muda y su discurso no formar parte de la melodía de la arboleda? No alegra nunca el oído de la naturaleza, no anuncia la primavera con sus cantos.

Estamos más ansiosos por hablar que por oír.

(5 de enero de 1841, 1981: 218)

Una frase perfectamente saludable es muy rara. A veces he leído alguna que fue escrita mientras el mundo giraba, mientras la hierba crecía y el agua corría.

(10 de enero de 1841, 1981: 219)

Deberíamos ofrendar diariamente nuestros pensamientos *perfectos* a los dioses; nuestra escritura debería consistir en himnos y salmos. Quien escribe un diario es un proveedor de los dioses. En cada frase hay dos caras: una es contigua a mí, pero la otra mira a los dioses y nadie la ha afrontado nunca. Cuando expreso un pensamiento boto una nave que ya no surca mi puerto, sino que se dirige al piélagos. En consecuencia, exige una intuición divina, una visión frontal, capaz de leer lo que se ha escrito con grandeza.

(13 de enero de 1841, 1981: 220)

La buena escritura, como las buenas acciones, ha de consistir en obedecer a tu conciencia, sin una pizca de voluntad o capricho. Si sabemos escuchar, oiremos. Nos instalaremos de nuevo en el pináculo de la humanidad escuchando con reverencia la voz interior.

(26 de enero de 1841, 1906: I: 177)

Mi diario es el de alguien que, de no llevarlo, derramaría todo y lo echaría a perder; espigas recogidas del campo que cosecho con mis actos. No debo vivir para él, sino en él, y para los dioses. Pues ellos son mis corresponsales, a quienes les envío diariamente esta carta franqueada.

(1841, 1906: I: 207)

De todas las cosas extrañas e inexplicables, escribir este diario es la más extraña. No dejará que se diga nada de él; su bondad no es buena, ni su maldad mala. Si hiciera un ímprobo esfuerzo para exponer mis mercancías más íntimas y valiosas a la luz, mi muestrario parecería lleno de los más humildes enseres domésticos, pero cuando pasaran meses o años, descubriría la riqueza de la India y todas las rarezas ultramarinas de Catay en ese confuso montón, y lo que podría parecer un festón de manzanas y calabazas pasadas será una sarta de diamantes brasileños o de perlas de Coromandel.

(29 de enero de 1841, 1981: 237)

Un libro realmente bueno apenas atrae favor sobre sí. Es tan verdadero que me enseña algo mejor que a leerlo. Pronto habré de dejarlo a un lado y empezar a vivir según sus indicaciones. No concibo cómo se las arregló su autor para terminar de escribirlo; esa capacidad debe ser el último rasgo del genio.

Cuando leo un libro indiferente, me parece lo mejor que puedo hacer, pero el volumen que me inspira apenas me deja tiempo para terminar sus últimas páginas. Se desliza entre mis dedos mientras leo. No crea una atmósfera en la que podamos leerlo, sino una atmósfera en la que sus enseñanzas puedan llevarse a la práctica. Me da tanta riqueza que lo dejo con el menor de los pesares. Lo que he empezado leyendo debo terminarlo obrando.

Por eso no puedo quedarme a oír siquiera un *buen* sermón, ni siquiera para aplaudir al final, sino que he de estar a mitad de camino de las Termópilas antes de que eso suceda.

Cuando alguna broma o fraude recorre la Unión en la prensa, me da a conocer un hecho que ningún libro de geografía o de viajes contiene, cierto ocio e indiferencia que colma la sociedad. Es una pieza de información de más allá de los Alleghanies que sé cómo apreciar, aunque no la espere. Lo mismo ocurre en la naturaleza. A veces observo en ella una extraña

trivialidad, casi apatía, que lleva a la belleza y la gracia. Las fantásticas y caprichosas formas de la nieve y el hielo, las innumerables colinas que exhiben la huella de los conejos...

(19 de febrero de 1841, 1981: 268)

Mi pensamiento más doméstico, como el diamante extraído de lo más profundo de la mina, brillará con el resplandor más puro.

Aunque escribo todos los días, cuando digo algo bueno parece como si rara vez escribiera.

(26 de febrero de 1841, 1981: 273)

En la composición no distingo los matices. Como si pudieran satisfacernos el relente de la mañana y de la tarde sin su color, o los cielos sin su azul.

(26 de febrero de 1841, 1981: 274)

La suerte no interviene en la composición, no admite trucos. Lo mejor que escribamos será lo mejor que seamos. Cada frase es el resultado de una larga prueba. El carácter del autor se lee desde la portada hasta el final, y nunca corrige las pruebas de esto. Lo leemos como el rasgo esencial de la escritura a mano sin consideración a las expresiones floridas.

Lo mismo ocurre con el resto de nuestras acciones, tan rectas como si una línea las subrayara, no importa cuántos brincos den. Toda nuestra vida está tasada por la menor de las cosas bien hechas: su resultado neto. Cómo comemos, bebemos, dormimos y empleamos nuestras horas de ocio en esos días indiferentes en que nadie nos mira y nada nos excita determina nuestra autoridad y capacidad para el porvenir.

(28 de febrero de 1841, 1981: 276)

Si los hombres no fueran idealistas no se habrían escrito jamás sonetos a personas hermosas ni elogios de las dignas. Esperamos que el predicador exprese tanto amor por su congregación como el botánico por su herbario.

(10 de marzo de 1841, 1981: 283)

Hay una especie de verdad y naturalidad doméstica en algunos libros que es muy rara de encontrar y que, sin embargo, parece bastante asequible.

Tal vez no haya un sentimiento elevado, ni expresiones pulidas, sino que se trata de una charla descuidada y campestre. El escolar raramente escribe tan bien como habla el granjero. Lo doméstico es un gran mérito en un libro; está cerca de la belleza y del arte elevado. Algunos sólo poseen este mérito; unas cuantas expresiones domésticas los salvan. Lo rústico es pastoral, pero la afectación es meramente civil. El escritor no logra que su experiencia más familiar acuda graciosamente en ayuda de su expresión y, por tanto, aunque vive en ella, sus libros no contienen ninguna imagen tolerable de su entorno y de la vida sencilla. Muy pocos hombres podrían hablar de la naturaleza con sinceridad. No le hacen ningún favor; no dicen una sola palabra que la beneficie. La mayoría se queja mejor de lo que habla. Podríamos obtener más naturaleza pellizcándoles que dirigiéndonos a ellos. Lo que interesa es la naturalidad, y no sólo el buen natural. Prefiero la hosquedad con la que el leñador habla de sus bosques, que maneja con la misma indiferencia que su hacha, al entusiasmo melifluido del amante de la naturaleza.

(13 de marzo de 1841, 1981: 286-287)

Es vano ponerse a escribir si te tiemblan las piernas.

(9 de agosto de 1841, 1981: 317)

He descubierto que, cualesquiera que sean los obstáculos, escribo la misma cantidad de verdad en mi diario, pues el recuerdo está más concentrado. Suele ser una vida muy real y seria lo que lo interrumpe. Omito todas las expresiones floridas. Si veo el bosque de la mañana a la noche, aunque me queje de que no puedo seguir el curso de mis pensamientos durante ese tiempo, por la tarde, las escasas y pobres líneas que describen mis ocupaciones diarias harán del chirrido de la sierra algo más musical de lo que podrían serlo mis fantasías más libres. Encuentro un incesante trabajo con las manos que aumenta también la atención, el mejor método para acabar con la palabrería en nuestro estilo.

(5 de enero de 1842, 1981: 358)

No jugará con su trabajo quien tiene que cortar leña y guardarla antes de que caiga la noche en los cortos días de invierno, sino que cada golpe resultará provechoso y resonará sobriamente por el bosque. Así resonarán sus versos y hablarán al oído cuando, al anochecer, el poeta escriba las entradas del día.

A menudo me han sorprendido la fuerza y la precisión del estilo al que recurren hombres muy ocupados cuando se les pide que hagan ese esfuerzo. Parece como si su sinceridad y sencillez fuera lo más importante que hubiera de enseñarse en las escuelas, aunque debería decir, sin embargo, que no en las escuelas, sino en los campos, en el servicio real. El escritor envidia con frecuencia la propiedad y el énfasis con que el granjero llama a su yunta, y confiesa que si esas palabras se escribieran superarían sus elaboradas frases.

(5 de enero de 1842, 1981: 358)

Si nuestros escritores llevaran vidas más serias no seríamos testigos de esas conclusiones truncadas a sus discursos mal sembrados, sino que sus frases pasarían por el terreno como pesadas aplanadoras, no vacías y de

madera, para aplastar la semilla y hacerla germinar.

Una frase bien construida, por la rapidez y la fuerza con la que funciona, podría compararse a un sembrador de cereales moderno: deja caer la semilla y la cubre con el mismo movimiento.

(5 de enero de 1842, 1981: 359)

Las musas de los poetas tienen límites en sus vagabundeos, y podríamos decir que están al acecho en un manantial o montaña favoritos. Chaucer parece haber sido el poeta de los jardines; apenas ha dejado un poema en que no se describa algún apartado y lujoso retiro de esa clase, al que accede por una puerta secreta, y allí, junto a alguna fuente o alameda, encuentra a su héroe y la escena de su cuento. Parece como si al dejar vagar su imaginación en la incomparable belleza de un jardín ideal, alimentara su fantasía para inventar un cuento adecuado a la escena. La musa del más universal de los poetas se retira a un rincón familiar, desde donde vigila la tierra como el águila desde su morada en la cumbre, pues quien ve desde tan lejos la llanura y el bosque está apostado en una estrecha y escarpada hendidura.

(23 de febrero de 1842, 1981: 366)

Tal vez las frases más atractivas no sean las más sabias, sino las más seguras y saludables. Quien las pronuncia tiene derecho a hablar. No se apoya en una piedra rodante, sino que pisa fuerte, y naturalmente las emite sin esfuerzo. Son dichas a tiempo.

Son dichas con rara plenitud, como una flor se abre en el campo, y aunque disputemos su doctrina habremos de conceder que había verdad en su firmeza. Las de Raleigh son de esa naturaleza, dichas con entera satisfacción y sinceridad<sup>[2]</sup>. No son filosofía, sino poesía.

(16 de marzo de 1842, 1981: 377)

Podemos estar seguros de que cualquier libro o frase que soporta ser leído dos veces ha sido pensado dos veces.

(18 de marzo de 1842, 1981: 379)

El habla llana es siempre un *desideratum*. Los hombres escriben con un estilo florido porque querrían emular las bellezas sencillas del habla más llana.

Prefieren ser malentendidos a quedarse cortos en exuberancia.

Husein Efendi alaba el estilo epistolar de Ibrahim Pasha al viajero francés Botta debido a «la dificultad de entenderlo: sólo había», decía, «una persona en Jidda capaz de entender y explicar la correspondencia de Pasha».

Una frase llana donde cada palabra está arraigada en el suelo es, de hecho, florida y verde. Posee la belleza y la variedad del mosaico con la fuerza y la solidez de la mampostería.

La plenitud parece exuberante. No somos ricos sin una riqueza superflua. Pero el imitador sólo copia lo superfluo.

Si las palabras fueran suficientemente sencillas y respondieran a lo que han de expresar, nuestras frases se extenderían como las hojas de la hiedra y florecerían.

No podemos llenar un vaso de vino hasta el borde sin que se derrame.

La sencillez es exuberante.

(23 de marzo de 1842, 1981: 386)

Termino por creer que es sólo el estilo del pensamiento y no el estilo de la expresión lo que marca la diferencia en los libros, pues si descubro un pensamiento digno de ser extraído no deseo alterar el lenguaje. Parece entonces que al autor se le hayan dado todas las gracias de la elocuencia y la poesía.

(23 de marro de 1842, 1981: 387)

Tenemos nuestros momentos de acción y nuestros momentos de reflexión: un estado de ánimo provee al otro. Ahora soy Alejandro y luego soy Homero. Uno mientras mi mano está impaciente por manejar el hacha o la azada, otro por manejar la pluma. Estoy seguro de escribir la verdad más ruda por los callos de mis manos. Le dan firmeza a la frase.

(23 de marzo de 1842, 1981: 388)

Tienen éxito los autores que no escriben *para* los demás, sino que hacen de su gusto y juicio su propio público. Por alguna extraña infatuación nos olvidamos de que no aprobamos lo que, sin embargo, recomendamos a los demás.

Es bastante si me contento con escribir; entonces estoy seguro del público.

(24 de marzo de 1842, 1981: 388)

Habríamos de encontrar el libro en la frase, pues la relación no es artificial. Es la inspiración de un día y no de un momento. Los vínculos también habrían de ser de oro. Es mejor que los buenos estén desunidos que un malvado sea admitido en su sociedad. Los hombres escogen cuando pueden; si hay una piedra en la cantera mejor que las otras, dejarán éstas a un lado por aquélla. Sólo extraerán la buena.

En esas fábulas la historia pasa sin ser tomada en cuenta —mientras el lector salta de una frase a otra—, como el viajero salta de una piedra a otra mientras el agua corre inadvertida.

(24 de marzo de 1842, 1981: 390)

Un libro habría de ser una veta de oro, igual que la frase es un diamante

encontrado en la arena o una perla sacada del mar.

(26 de marzo de 1842, 1981: 392)

A menudo parece que el único fruto de vivir mucho no es más que un éxito trivial, la habilidad de hacer mejor una nadería. Al menos aparentemente, por lo general, conquistamos sólo conchas y caparazones, pero a veces también hay, como sabes, canela y especias. Hasta ese gran cazador del que hablas mata mil búfalos para traerse sólo sus pieles y lenguas. ¡Qué inmensos sacrificios, qué holocaustos y hecatombes exigen los dioses a cambio de sus favorcillos! Cuánta vida sincera antes de que podamos siquiera pronunciar una palabra sincera.

(2 de abril de 1843, carta a Richard Fuller, 1958: 94)

Creo que en la universidad aprendí, sobre todo, a expresarme, y ahora veo que si el orador antiguo recomendaba primero acción, segundo acción y tercero acción, mis profesores deberían haberme pedido primero sinceridad, segundo sinceridad y tercero sinceridad. La mitología antigua está incompleta sin un dios o diosa de la sinceridad, a cuyo altar podamos ofrendar todos los productos de nuestras granjas, talleres y estudios. Debería ser nuestro lar cuando nos sentamos ante la chimenea, y nuestro ángel de la guarda cuando salimos fuera a caminar. Ésa es la única panacea.

(2 de abril de 1843, carta a Richard Fuller, 1958: 94)

Es más difícil escribir gran prosa que escribir en verso. La prosa implica una vida de elevación práctica. El hombre entero ha de estar poseído por la grandeza de su pensamiento. La prosa enseña cómo vive cada día. Es un poder consciente.

(19 de abril de 1843, 1981: 454)

Hay una verdadera marcha en la frase, como si un hombre o un grupo de hombres progresaran realmente allí paso a paso, y no se trata de *disjecta membra*, aunque fueran los miembros dispersos y mutilados de los héroes, que ya no pueden caminar. No son mera carroña, ni especímenes aislados para los museos, sino que se yerguen sobre el pedestal natural y más amplio de la roca viva, y aún contienen un principio de crecimiento, tienen esa naturaleza humana de la que surgen.

Sin embargo, tal vez se haya hablado demasiado estos días del encanto de la escritura fluida.

Oímos la queja de que algunos libros modernos son irregulares y no tienen fluidez, pero tal vez debiéramos considerar que la fluidez del pensamiento se parece más a la ola de la marea que a un río torrencial, y es el efecto de la influencia celestial y no de declive alguno en su cauce. El río fluye porque va montaña abajo y desciende más raudo cuanto más rápido fluye. Uno obedece a una atracción terrenal, y la otra a una atracción divina. Uno discurre suavemente porque gravita sólo hacia la tierra, la otra irregularmente, porque gravita también hacia el cielo.

El lector que espera flotar corriente abajo durante todo el viaje puede quejarse de náuseas por el mar de fondo y el oleaje, cuando su frágil esquife se halla entre las crestas de la corriente oceánica; pero si apreciara el verdadero flujo que hay en estos libros esperaríamos que se alzara de la página como una exhalación y echara abajo su juicio como muelas taladradoras, subiendo a niveles superiores, por encima y detrás de él.

Hay muchos libros que murmuran como un riachuelo y fluyen tan plácidos como la corriente absorbida en el canal, y cuando los autores están en la marea alta de su discurso, Platón y Jámblico y Pitágoras y Bacon se detienen junto a ellos. Sus largas frases fibrosamente fangosas fluyen naturalmente y corren juntas. Se leen como si hubieran sido escritas para militares, hombres de negocios; ésa es su diligencia, un ritmo doble y rápido, una marcha de Saratoga, con redoble de tambores. En comparación, los

graves pensadores y filósofos no parecen haberse quitado sus ropajes envolventes. Son más lentos que un ejército romano en su marcha, con la retaguardia acampada esta noche donde la vanguardia lo hizo la noche anterior. El sabio Jámblico remolinea y brilla como un acuoso fangal.

El escritor toma la pluma —a menudo pasa revista— y grita: ¡Adelante! ¡El Álamo y Fanning!<sup>[3]</sup>, y después sube la marea de la guerra.

Los muros y vallas mismas parecen desplazarse, y si el autor se encuentra lanzado y la pendiente es favorable y está lubricada, ¿quién dirá lo rápido y lejos que puede ir? Sin embargo, el trote más rápido no es, al fin y al cabo, una corriente, y tú y yo, al menos, no iremos hasta allí.

(Posterior al 1 de agosto de 1844, 1984: 118-120)

Exageración. ¿Se habrá atribuido a alguien una virtud sin exageración? ¿Habrá habido algún vicio sin una infinita exageración? ¿No exageramos nosotros respecto a nosotros mismos, o nos reconocemos como los hombres reales que somos? El relámpago es una exageración de la luz. Vivimos por exageración. La poesía es historia exagerada, y es cierta en referencia a una nueva pauta. Para un hombre pequeño otro mayor es una exageración. Nunca se ha expresado una verdad sin esa especie de énfasis, de modo que por el momento no hubiera otra verdad. El valor de lo que verdaderamente es valioso no puede exagerarse. Hemos de hablar alto a quienes son duros de oído, de modo que adquirimos el hábito de hablar alto a quienes no lo son. Para apreciar incluso al más humilde de los hombres no sólo hemos de entenderlo; primero tenemos que amarlo, y nunca ha habido quien exagere tanto como el amor. ¿Quiénes somos? ¿No somos todos grandes hombres? Sin embargo, ¿qué somos? Desde luego, nada digno de que se hable de ello. Por una inmensa exageración apreciamos nuestra poesía y filosofía griegas, las ruinas egipcias, nuestros Shakespeare y Milton, nuestra libertad y nuestro cristianismo. Damos importancia a este momento sobre todos los demás.

(Verano de 1845, 1984: 204)

No es un gran escritor quien teme que el mundo sepa que alguna vez ha hecho algo impropio.

(Verano de 1845, 1984: 204)

Al cabo, el crítico habrá de quedarse tan mudo como satisfecho ante un poema verdadero, como ante una bellota o una hoja de vid. La perfecta obra de arte vuelve al seno de la naturaleza de donde procedía su material, y la crítica que sólo detecta su falta de naturalidad no tiene ningún cometido que cumplir.

Las máximas escogidas que nos han llegado son más hermosas o íntegramente sabias que sabias para nuestro entendimiento. Esa sabiduría que nos inclinamos a recoger de su tallo sólo es el fruto de una sencilla asociación. Cualquier forma natural —las hojas de palma y las bellotas, las hojas de roble y zumaque y cuscuta— es un aforismo intraducible.

(6 de agosto de 1845, 1984: 172)

De todos los puntos cardinales, de la tierra bajo mis pies y el cielo sobre mi cabeza, han llegado estas inspiraciones y según llegaban las he registrado debidamente en mi diario. Más adelante, a su momento, han sido cribadas para convertirse en conferencias y, de nuevo, a su tiempo, las conferencias se han convertido en ensayos.

(En torno a agosto de 1846, 1906: I: 413)

En la poesía la frase es como una palabra, cuyas sílabas son palabras, que no aportan pensamientos, sino algo de la salud que las ha inspirado. No tratan con pensamientos; son indiferentes a ellos.

Un poema es una expresión sin división ni obstáculos, que ha caído ya

madura en la literatura. El poeta ha abierto su corazón y sigue vivo. Aquellos para quienes ha madurado reviven el poema sin división ni obstáculos. Ningún ojo mortal podrá diseccionarlo: aunque vea, estará cegado.

Ni siquiera con la ayuda de todas las academias del mundo podría el más sabio de los *hombres* añadir o quitar una sílaba a una línea de poesía.

(2 de diciembre de 1846, 1984: 356)

Cuando la lectura de las biografías de los literatos me estimula a adoptar algún método de educarme y dirigir mis estudios, sólo puedo resolverme a mantener sin par la libertad y la vigilia de mi genio. No trato de lograr demasiado en extensión o cantidad ni de echarme a perder afanándome, sino que mis relaciones celestiales sigan siendo amenas.

Ningún método ni disciplina pueden suplir la necesidad de estar siempre alerta. Qué importa el curso de la historia —por bien que se haya escogido— o la más admirable rutina de la vida y la más hermosa de las relaciones sociales cuando recordamos que podemos ser videntes, que mantener la mirada fija en lo verdadero y lo real es una disciplina que absorberá cualquier otra.

(Posterior al 2 de diciembre de 1846, 1984: 357)

No basta con leer, ni siquiera con las mejores intenciones, estos libros; casi tendríamos que haberlos escrito. Sólo quien haya tenido la fortuna de leerlos en el momento propicio, en la época más perceptiva y receptiva de la vida, podrá dar una explicación adecuada de ellos.

(1847: 225)

La filosofía [...] no habla, sino que escribe, o, cuando aparece personalmente ante el público, da una conferencia o lee, y así habrá de ser

leída mañana o dentro de mil años.

(1847: 229-230)

El hombre no puede elegir su estilo, como tampoco puede elegir sus pensamientos.

(1847: 232)

¿A quién le importa cuál sea el estilo de un hombre, mientras sea inteligible, tan inteligible como su pensamiento? De manera literal y real, el estilo no es más que el *stylus*, la pluma con la que escribe; no hace falta limarla, pulirla o dorarla, si con ello no va a escribir mejor sus pensamientos. Es algo para usar, no para contemplar. La cuestión para nosotros no es si Pope tenía un gran estilo, o si escribía con una pluma de pavo real, sino si expresó algún pensamiento útil. ¿Qué ocurre con su estilo si traducimos un libro una docena de veces de una lengua a otra? Sometida a esa prueba, la mayoría de los libros se desharía y acabaría por desaparecer.

(1847: 232)

Una vez que el tiempo ha tamizado la literatura de un pueblo, sólo queda su escritura, pues eso es escribir, *par excellence*.

(1847: 238)

Si quieres convencer a un hombre de que hace algo mal, hazlo bien. Pero no te preocupes en convencerle: los hombres creerán lo que vean; que vean, pues.

Persigue, alcanza, rodea tu vida como un perro en torno a la silla de su amo. Haz lo que amas. Conoce tu propio hueso; róelo, entiérralo,

desentiérralo y vuelve a roerlo. No seas demasiado moral; podrías robarte mucha vida. Aspira a algo más que la moralidad. No seas *sólo* bueno: sé bueno para algo. Todas las fábulas tienen su moraleja, pero los inocentes disfrutaban con la historia.

(27 de marzo de 1848, carta a H. G. O. Blake, 1958: 216)

Esta cándida reiteración de las más antiguas expresiones de la verdad por la posteridad tardía, que se contenta con retocar ligera y religiosamente el antiguo material, es la prueba más impresionante de una humanidad común.

(1849: 59)

¿De quiénes son las frases verdaderamente *elaboradas*? Para entonarnos y restaurar nuestras fuerzas, es grato incluso pasar de las débiles y enclenques parrafadas del político y el literato a una descripción del trabajo, el sencillo registro de las labores del mes en el almanaque del granjero. Una frase debería leerse como si el autor, de sostener un arado en lugar de una pluma, pudiera haber trazado un surco profundo y recto hasta el final. El escritor necesita un serio y arduo trabajo para dar ímpetu a su obra. Ha de aprender a empuñar la pluma con tanta firmeza como un hacha o una espada, y a manejarla con igual gracia y efecto. Cuando consideramos los párrafos débiles y sin nervio de algunos literatos, hombres que tal vez estén a la altura de la media en pies y pulgadas, y que tampoco andan mal de cintura, nos asombra semejante desperdicio de músculos y tendones.

(1849: 107)

Sería digno de la época imprimir juntas las Escrituras reunidas o Sagradas Escrituras de las distintas naciones, de los chinos, hindúes, persas, judíos y otros, como Escritura de la Humanidad. El Nuevo Testamento tal vez esté

aún demasiado en los labios y en los corazones de los hombres para ser llamado una escritura en este sentido. Semejante yuxtaposición y comparación podría ayudar a liberalizar la fe de los hombres. Ésta es una obra que seguramente el tiempo editará, reservada a coronar los trabajos de la imprenta. Sería la Biblia, o Libro de los Libros, que los misioneros llevarían a los extremos de la tierra.

(1849: 143-144)

El artista y su obra no pueden separarse. Ni el más deliberadamente necio de los hombres puede permanecer al margen de su necesidad; acción y agente conforman un mismo hecho.

(1849: 312-313)

El arte no es dócil, ni la naturaleza salvaje, en el sentido ordinario. Una perfecta obra de arte humano también sería natural o salvaje en el buen sentido de la palabra. El hombre doma a la naturaleza sólo para volverla más libre de lo que la encontró, aunque puede que aún no lo haya logrado.

(1849: 316)

El mundo entero reposa en la belleza para quien conserva el equilibrio en su vida y sigue su camino con serenidad, sin secretas violencias; como quien, navegando río abajo, sólo tiene que mover el timón para mantener su barca en el centro de la corriente y rodear los saltos de agua.

(1849: 317)

No podemos sobrepasar sin cierto riesgo los hechos reales en nuestras narraciones. Al contrario de lo que algunos creen, no existe ningún ejemplo

de invención pura. Escribir una verdadera obra de ficción supone sólo tomarse ciertas libertades para describir con más exactitud cómo son las cosas. Un auténtico relato de lo real es poesía de la más preciada especie, pues el sentido común siempre adopta una visión apresurada y superficial de los hechos.

(1849: 325)

No es fácil escribir en un diario lo que nos interesa a cada momento, pues escribirlo no es lo que nos interesa.

(1849: 332)

La gran prosa nos inspira un mayor respeto que un gran verso de igual altura, ya que la prosa implica una elevación más permanente y estable, una vida más infusa en la grandeza del pensamiento. A menudo, el poeta sólo hace una incursión, como un jinete parto, y vuelve a desaparecer, disparando mientras se retira; pero el escritor en prosa ha conquistado territorios como un romano, y establecido sus colonias.

(1849: 342)

El verdadero poema no es el que lee el público. Hay siempre un poema no impreso en papel, que coincide con la producción de este otro, estereotipado en la vida del poeta. Es *aquello en lo que se ha convertido mediante su obra*. La cuestión no es cómo se haya expresado la idea en piedra, lienzo o papel, sino hasta qué punto ha tomado forma y expresión en la vida del artista. Su verdadera obra no figurará en la galería de ningún príncipe.

(1849: 343)

Mi vida ha sido el poema que hubiera querido escribir, pero no he podido vivir y pronunciarlo a la vez.

(1849: 343)

Es muy poco habitual encontrarse en la calle con un hombre que atesore algún pensamiento valioso, independiente del trabajo de sus manos. Detrás de la actividad de cada hombre debería haber una plataforma de imperturbable industria y serenidad, al igual que dentro del arrecife que rodea a una isla de coral siempre hay una extensión de agua tranquila, donde tienen lugar las deposiciones que acabarán por aflorar a la superficie.

(1849: 361)

Hay dos clases de hombres llamados poetas. Unos cultivan la vida, otros el arte. Unos buscan comida como alimento, los otros por el sabor; unos satisfacen el hambre, los otros gratifican el paladar. Hay dos clases de escritura, ambas grandes y raras. Una es la del genio, o el inspirado; la otra la de la inteligencia y el gusto, en los intervalos de la inspiración. La primera está por encima de la crítica, siempre correcta, y le da leyes a la crítica. Vibra y late siempre con la vida. Es sagrada y ha de ser leída con reverencia, como se estudian las obras de la naturaleza. Hay pocos ejemplos de un estilo sostenido de esta clase; tal vez cualquiera haya dicho algunas palabras, pero el orador no se preocupó de registrarlas. Ese estilo nos aparta de las relaciones personales con el autor; no llevamos sus palabras a los labios, sino su sentido al corazón. Es la corriente de la inspiración, que borbotea ahora aquí, ahora allá, ahora en este hombre, ahora en aquél. No importa a través de qué cristales de hielo se vea; ahora una fuente, ahora el océano discurriendo bajo tierra. Está en Shakespeare, Alfeo, Burns, Aretusa, pero siempre es la misma. La otra se domina a sí misma y es sabia. Reverencia al genio y codicia la inspiración. Es consciente en el grado más elevado y en el menos

elevado. Consiste en el dominio perfecto de las facultades. Habita en un descanso como el de los desiertos, y los objetos son tan distintos en ella como los oasis o palmerales en el horizonte de arena. La marcha del pensamiento se mueve con paso cadencioso y comedido, como una caravana. Pero la pluma sólo es un instrumento en su mano, sin el instinto de la vida, como un brazo más largo. Deja una delgada capa de barniz o de hielo sobre su obra. Las obras de Goethe proporcionan ejemplos admirables de ella.

(1849: 375-376)

Tenía un amigo, escribí un libro, le pedí a mi amigo que lo criticara y no obtuve sino alabanza de lo que había de bueno en el libro. Mi amigo se distanció de mí y entonces fui denostado por lo que había de malo. Así que al final tuve la crítica que quería.

Mientras mi amigo fue amigo mío me aduló y no le oí decir la verdad, pero cuando se convirtió en mi enemigo me disparó con ella una flecha envenenada.

Hay tanto odio como amor en el mundo. El odio es un buen crítico.

(Posterior al 11 de septiembre de 1849, 1990: 26)

Haz algo más de ese trabajo que a veces has confesado que era bueno y que sabes que la sociedad y tu juez más severo exigen justamente de ti. Haz lo que te reprobarías no hacer. Sabes que no estás satisfecho ni insatisfecho contigo mismo sin razón. Déjame decirte, y decírmelo a mí mismo al mismo tiempo: cultiva el árbol que has encontrado con fruto en nuestro suelo. No tengas en cuenta los éxitos y fracasos del pasado; todo el pasado es un fracaso y un éxito; es un éxito si nos concede esta oportunidad. ¿No tienes un hermoso don, la facultad de pensar, más valiosa que el más precioso de los relojes de oro? ¿No puedes emitir tu juicio, ya no se remonta la corriente hasta su manantial en ti? Vete al diablo y vuelve. Dispón del mal. Sé castigado de una vez por todas. Muere si puedes. Márchate. Cambia tu

salvación por un vaso de agua. Corre el riesgo, si sabes de alguno. Si no, disfruta de la seguridad. No te molestes en ser religioso: nadie te dará las gracias por ello. Si puedes clavar un clavo, y tienes clavos que clavar, hazlo. Es el momento de hacer experimentos, Pruébalo. No albergues dudas si no son agradables para ti. Mándalas a la taberna. No comas si no tienes hambre; no hay necesidad de ello. No leas los periódicos. Aprovecha todas las oportunidades que tengas para estar melancólico: sé tan melancólico como puedas y advierte el resultado. Regocíjate con el destino. En cuanto a la salud, tente por bueno y ocúpate de tus asuntos. ¿Quién sabe si ya estás muerto? No te detengas por temor: vendrán cosas más terribles y no dejarán de hacerlo. Los hombres mueren de miedo y viven de la confianza. No seas obediente como los vegetales. Sé tu propia ayuda, tu propio Ebenezer<sup>[4]</sup>. «De la desobediencia y el fruto», etcétera<sup>[5]</sup>. No te dediques a encontrar las cosas como crees que son. Haz lo que nadie podría hacer por ti. No hagas nada más.

(Posterior al 29 de julio de 1850, 1990: 95-96)

En la literatura sólo nos atrae lo salvaje. La torpeza es otro nombre para la docilidad. Es el pensamiento indómito, incivilizado, libre y salvaje en *Hamlet*, en la *Ilíada* y en todas las escrituras y mitologías lo que nos deleita, lo no aprendido en las escuelas ni refinado y pulido por el arte. Un libro bueno de verdad es algo tan salvajemente natural y primitivo, misterioso y maravilloso, ambrosíaco y fértil como un hongo o el líquen. Supongamos que la rata almizclera o el castor se dedicaran a la literatura: ofrecerían nuevas perspectivas de la naturaleza. La falta de nuestros libros y de nuestras acciones es que son demasiado humanas. Quiero algo que hable en cierto modo de la condición de las ratas almizcleras y de las mofetas tanto como de la de los hombres, lejos de la cháchara complaciente y condescendiente de los filántropos.

(16 de noviembre de 1850, 1990: 141)

¿Qué haremos con un hombre que teme los bosques, su soledad y oscuridad? ¿Qué salvación habrá en ellos para él? Dios es silencioso y misterioso.

Algunos de nuestros días más pródigos son aquellos en los que no brilla el sol en el exterior, sino que más de un sol brilla en el interior. Amo la naturaleza, amo el paisaje porque son sinceros. No me degradan. No gastan bromas. Son alegre y musicalmente serios. Confío en la tierra.

(16 de noviembre 1850, 1990: 142-143)

Mi diario habría de ser el recuento de mi amor. Sólo escribiría en él de las cosas que amo, de mi afecto por cualquier aspecto del mundo. De aquello en lo que me gusta pensar. No tengo más claridad ni orientación en mis anhelos que un capullo que se abre y que apunta a la flor y el fruto, al verano y el otoño, pero que sólo es consciente del calor del sol y de la influencia de la primavera. Me siento maduro para algo, aunque no haga nada ni descubra de qué se trata. Simplemente me siento fértil. Es tiempo sembrado en mí. Ya he estado bastante en barbecho.

(16 de noviembre de 1850, 1990: 143-144)

Me gustaría llevar un diario que contuviera los pensamientos e impresiones que estoy más dispuesto a olvidar de los que he tenido. Por un lado, estarían muy lejos de mí; por otro no podrían estar más cerca.

(10 de enero de 1851, 1990: 178)

Me preocupa, primero, asistir a mi *crecimiento* intelectual y moralmente (físicamente también, por supuesto, como un medio para lo otro, pues el cuerpo es el símbolo del alma), y luego dar mi *fruto*, hacer mi *obra*,

*propagarme*, no sólo física, sino moralmente, no sólo en el cuerpo, sino mentalmente.

(20 de mayo de 1851, 1990: 225)

Las intimaciones de la noche son divinas, en mi opinión. Los hombres podrían reunirse por la mañana y contar las noticias de la noche. ¡Qué divinas sugerencias habrán tenido! Descubro que a menudo traigo conmigo al día una insinuación derivada de los dioses. Esos impulsos a la pureza, al heroísmo, incluso al esfuerzo literario, no nacen del día.

(7 de julio de 1851, 1990: 288)

Sólo hace falta algo de extranjero en los nombres, un pequeño acento foráneo, algunas vocales más en las palabras para localizar enseguida mis ideales. Qué preparados estamos para un mundo distinto a éste. Apenas cruzamos la frontera del estado y ya esperamos ver que los hombres llevan vidas poéticas. Nada tan natural como la pretensión de que los nombres de las montañas y las corrientes y las ciudades estén intoxicados de poesía: Longoeil, Chambly, ¿Barthillon?, ¿Montilly?

Donde sólo hubiera libros, asignaríamos al lugar la idea que sugieren la historia o el poema para encontrar realidades. No vemos Québec, por supuesto, como lo que es para una mirada práctica, sino como la morada local de los pensamientos y visiones que hemos obtenido leyendo a Wolfe y Montcalm, a Montgomery y Arnold. Es difícil que preste atención a la geología de Cape Diamond o a la botánica de Plains of Abraham. Qué dispuestos estamos a encontrar otra raza de hombres, pues podrían ser más afortunados que nosotros.

(22 de julio de 1851, 1990: 328)

Sopla una brisa grata. Creo que escribo mejor por la tarde, por su novedad, si he tenido que salir por la mañana. Mi genio hace distinciones que mi entendimiento no puede y de las que mis sentidos no dan cuenta. Si le diera la vuelta a lo habitual y saliera a caminar por los campos por la tarde, lo que me resulta tan insólito, sería como una nueva estación para mí y la novedad me inspiraría. El viento me ha empujado gentilmente a salir; los elementos se mostraban tan vivaces y activos, y yo simpatizaba hasta tal punto con ellos, que no habría podido sentarme mientras siguiera el viento. Recuerdo así que deberíamos aprovechar especialmente el verano para vivir a la intemperie. Cuando podemos hacerlo tan fácilmente nos corresponde romper la costumbre de quedarnos sentados en casa, pues no es sino una costumbre, y no estoy seguro de que el sentido común la sancione. Los hombres se sientan tan pronto como se levantan. Las aves dejan su percha por la mañana y las bestias sus guaridas, salvo que sean de las que salen de noche. El gallo no se encarama a una nueva percha *en el corral*, y es la encarnación de la salud y el sentido común. ¿Ha de vivir el literato siempre o sobre todo sentado en una habitación, en la que la naturaleza sólo penetra por una ventana? ¿De qué sirve el verano?

Debemos andar tan suavemente que oigamos los sonidos más tenues, con las facultades en reposo. No sudemos mentalmente.

(23 de julio de 1851, 1990: 329)

La cuestión no es qué miras, sino cómo miras y si ves.

(5 de agosto de 1851, 1990: 354-355)

¡En vano nos sentamos a escribir si no nos hemos levantado a vivir! Creo que cuando mis piernas empiezan a moverse mis pensamientos empiezan a fluir, como si le hubiera franqueado el paso a la corriente en su extremo y nuevas fuentes manaran en él al principio. Mil arroyos que tienen su

nacimiento en las fuentes del pensamiento brotan y fertilizan mi cerebro. Tendríamos que incrementar el caudal inferior, como los propietarios de los prados del río Concord dicen de la presa de Billerica. La circulación sólo es perfecta mientras estamos en acción. La escritura que consiste en sentarse por hábito es mecánicamente inexpresiva y tan opaca a la lectura como un leño.

(19 de agosto de 1851, 1990: 378-379)

Algunos excelentes escritores —pienso en las primeras impresiones de Londres que nos ha dejado De Quincey— se expresan con demasiada plenitud y detalles. Proporcionan el relato más fiel, natural y vivido de sus sensaciones, físicas y mentales, pero carecen de moderación y brevedad. No nos afectan por lo ineficaz de su sinceridad y lo parco de su significado, como un tartamudo; dicen todo lo que quieren decir. Sus frases no son concentradas como una nuez. El *arte* de escribir consiste en hacer cuadrar frases que sugieren más de lo que dicen, que tienen una atmósfera en torno a sí, que no sólo registran una impresión vieja, sino que crean otras nuevas; frases que sugieren tantas cosas y son tan perdurables como un acueducto romano. Frases que salen caras, pues para obtenerlas hubo de invertirse mucha vida y muchos volúmenes; que yacen como rocas sobre la página, en todas direcciones; que contienen las semillas de otras, pero no mediante la mera repetición, sino la creación; frases para cuya construcción un hombre vendería sus tierras y castillos.

(22 de agosto de 1851, 1906: II: 418-419)

No leas ningún libro, ni des ningún paseo, ni te lances a ninguna empresa cuya descripción no puedas soportar contarte a ti mismo. Vive así deliberadamente la mayor parte del tiempo.

(23 de agosto de 1851, 1906: II: 421)

No podemos escribir bien o sinceramente sino lo que escribimos con gusto. El cuerpo, los sentidos, deben conspirar con el espíritu. La expresión es el acto del hombre completo. Que nuestro discurso sea vascular. La inteligencia es impotente para expresar el pensamiento sin la ayuda del corazón y el hígado y de cada miembro. A menudo siento que mi cabeza está demasiado seca, cuando habría de estar empapada. El escritor —el hombre que escribe— es el escriba de la naturaleza, es el grano y la hierba y la atmósfera que escriben. Es siempre esencial que amemos lo que hacemos, que lo hagamos de corazón. La madurez tal vez consista, sin embargo, en cierta sequedad.

(2 de septiembre de 1851, 1992: 27-28)

Es sensato escribir de muchas materias para probar muchos temas, de modo que encontremos el acertado e inspirador. Sé codicioso de ocasiones para expresar tu pensamiento. Aprovecha la oportunidad para trazar analogías. Hay innumerables avenidas para la percepción de la verdad. Aprovecha la sugerencia de cualquier objeto, por humilde que sea, por ligera y pasajera que sea la provocación. ¿Qué más podríamos aprovechar? Quién sabe cuántas oportunidades habrás perdido. No estamos atentos en vano a una cosa u otra. Sigue la pista, aplícala si es el caso. Sondea el universo desde miles de puntos. Sé avaricioso de esos impulsos. Tendrás que probar mil temas antes de encontrar el acertado, como la naturaleza emplea mil bellotas para lograr un roble. Será sabio y experimentado el hombre que adopte muchas perspectivas, aquel a quien las piedras y las plantas y los animales y una miríada de objetos le hayan sugerido algo y proporcionado algo.

(4 de septiembre de 1851, 1992: 41)

Cultiva la reverencia. Es como si fueras con ello mucho más respetable. Por la cualidad de la escritura de un hombre, por la elevación de su tono

podrás medir el respeto que se tiene.

(5 de septiembre de 1851, 1992: 47)

A veces experimentamos una plétora de vida que no encuentra canales por los que discurrir. Somos estimulados sin un propósito obvio. Me siento insólitamente dispuesto a *cierta* obra literaria, pero no puedo escoger ninguna. No estoy preparado tanto para la contemplación como para una expresión forzada. Estoy cogido física e intelectualmente. No es tanto la música como la marcha de la música lo que siento.

Siento como si los jugos de las frutas que he tomado —melones y manzanas— se me hubieran subido al cerebro y lo estimularan. Me dan una fuerza capital. Ahora puedo escribir con nervio. La escritura de Carlyle es, en su mayor parte, de este carácter.

El último libro de la señorita Martineau no es tan malo como la timidez que teme su influencia<sup>[6]</sup>. Como si la popularidad de este o aquel libro fuera tan fatal y el hombre aún no fuera hombre en el mundo. No hay que temer nada más que el temor. Pudiera ser que Dios simpatizase con el ateísmo.

(7 de septiembre de 1851, 1992: 50-51)

Nuestros momentos extáticos que parecen aportar tan escaso fruto tienen, al menos, ese valor, aunque en las temporadas en que nuestro genio reina sea incapaz de expresión. En temporadas más tranquilas, sin embargo, cuando nuestro talento está activo, la memoria de esos estados de ánimo más raros dan color a nuestra imagen y es el cubo de pintura permanente, por decirlo así, donde mojamos nuestro pincel.

No hay vida ni experiencia que queden sin contar, aunque si no es oro sólido, sea pan de oro lo que dora nuestro mobiliario mental. Es una experiencia de belleza infinita de la que sin cesar extraemos algo y nos capacita para exagerar sinceramente. Nuestros momentos de inspiración no se pierden aunque no tengamos poemas que los muestren en detalle. Esas

experiencias han dejado una impresión indeleble, y siempre las recordaremos. Su verdad subsiste y en momentos más fríos podemos usarlas como pintura para dorar y adornar nuestra prosa. Cuando desespero de cantarlas, recuerdo que me dieron pintura con la que adornar y preservar algún día las obras del talento. Son como un frasco de éter puro.

Esas experiencias prestan al escritor, a su debido tiempo, cierta abundancia de salud y hacen que su frase discurra y flote. Es la diferencia entre nuestro río, ahora dragado y seco, que expone su lecho feo y musgoso, y el mismo río que, en primavera, cubre los prados con una cadena de plácidos lagos, que reflejan los bosques y los cielos.

(7 de septiembre de 1851, 1992: 51-52)

¿Qué importa si una luna ha venido y se ha ido con su mundo de poesía, sus encantadas enseñanzas, sus sugerencias oraculares? Una criatura tan divina, plena de insinuaciones para mí, que no he atendido. ¡Se ha ido una luna sin darme cuenta!

Supongamos que atendemos a las insinuaciones, a las sugerencias que la luna hace durante un mes —habitualmente en vano—, ¿no serán muy distintas de las que ofrecen la literatura o la religión o la filosofía? El paisaje, cuando se ve de verdad, influye en la vida del que lo ve. ¡Cómo vivir! ¡Cómo lograr una vida plena! Como si tuviéramos que enseñarle al joven cazador a tender sus trampas. Cómo extraer la miel de la flor del mundo. Ése es mi oficio cotidiano.

(7 de septiembre de 1851, 1992: 52-53)

No hay niebla esta mañana. ¿No tendré palabras tan frescas como mi pensamiento? ¿Usaré la palabra de otro hombre? Un pensamiento o sentimiento genuino puede encontrar expresión por sí mismo, aunque tenga que inventar jeroglíficos. Tiene todo el universo para forjar sus tipos. El estilo de un hombre es como el de otro por falta de pensamiento original.

(8 de septiembre de 1851, 1992: 61)

El poeta escribe la historia de su cuerpo.

(29 de septiembre de 1851, 1992: 111)

Es una rara cualidad la de ser capaz de afirmar algo simple y adecuadamente. Decir sí y no con autoridad. Cuadrarlos. Concebir y tolerar que la verdad pase a través de nosotros viva e intacta, como un ave acuática engulle una anguila, poblando así nuevas aguas. Primero el hombre ha de ver, luego podrá decir. Las afirmaciones son parciales. Se dicen las cosas en referencia a ciertas convenciones o instituciones existentes, no de un modo absoluto. Un hecho sincera y absolutamente afirmado escapa de la región del sentido común y adquiere un significado mitológico o universal. Decidlo y lo habréis llevado a cabo. Expresadlo sin expresar a vosotros mismos. No lo veáis con el ojo de la ciencia —que es estéril— ni con el de la poesía juvenil, que es impotente. Pero probad el mundo y digeridlo. Parece como si las cosas se dijeran rara vez y por azar. En la medida en que *veamos, diremos*. Cuando los hechos se ven superficialmente, se ven en relación con el azar de cierta institución. Pero me gustaría verlos expresados desde mayor profundidad, con referencias más profundas, de manera que el oyente o el lector no los reconocieran ni captaran su significado desde la plataforma de la vida corriente, sino que tengan necesariamente que ser traducidos, o transportados, para poder entenderlos.

(1 de noviembre de 1851, 1992: 157-158)

Cuándo exhalará un hombre la verdad respecto a *sus* asuntos como la chaqueta del trampero el olor de la rata almizclera. El hombre no es capaz de decir la verdad a primera vista; antes ha de empaparse y saturarse de ella. Lo que era *entusiasmo* en el joven ha de convertirse en *temperamento* en el

hombre maduro. Sin excitación, ardor o pasión, examinará el mundo que le excitaba en la juventud y le dejaba en un equilibrio precario. Como todas las cosas son significativas, todas las palabras han de ser significativas. Es una falta del orador hablar pedante o superficialmente de cualquier cosa. ¿De qué sirven las palabras que no conmueven al oyente, que no son oraculares y fatídicas? Un estilo en el que la materia lo sea todo y la manera nada.

(1 de noviembre de 1851, 1992: 158)

Yo también quisiera añadir algo a los hechos. Los hechos sólo han de darle el marco a mis imágenes. Son el material de la mitología que escribo. No son hechos que ayuden a los hombres a hacer dinero, ni a los granjeros a sacar partido de sus granjas en el sentido más común de la palabra. Son hechos para decir quién soy y dónde he estado o qué he pensado. Como ahora la campana dobla para la reunión vespertina y el volumen de su sonido es como el humo que asciende donde se ha disparado un cañón, levanto la tienda donde vivo. Mis hechos serán falsos para el sentido común. Querría afirmar algo significativo, mitos o hechos mitológicos. Trato con hechos perceptibles, con pensamientos que el cuerpo ha pensado. Acaricio también formas vagas y misteriosas, más vagas cuando la nube que contemplo se disipa y no se ven sino las profundidades del cielo.

(9 de noviembre de 1851, 1992: 170-171)

El lema de mi diario debería ser «digo yo a mí mismo».

Es fatal para un escritor estar demasiado poseído por su pensamiento. Las cosas han de estar a cierta distancia para ser descritas.

(11 de noviembre de 1851, 1992: 177)

Escribe a menudo, escribe sobre mil temas, en lugar de escribir durante

mucho tiempo. [...] Frases que puedas pronunciar entre la espada y la pared.

(12 de noviembre de 1851, 1992: 177-178)

Aprovecha cada oportunidad para expresarte al escribir como si fuera la última.

(17 de diciembre de 1851, 1992: 207)

Di con qué trabajas. Es una pérdida de tiempo para el escritor usar sólo su talento. Sé fiel a tu genio, escribe sobre lo que más te interese. No consultes el gusto popular.

(20 de diciembre de 1851, 1992: 211)

Sería una auténtica disciplina para el escritor tomar como tema la última capa de pensamiento que flota en el cielo crepuscular, sobre la que apenas tiene una idea (eso sí que sería enseñar a disparar a sus ideas), tenues intimaciones, asuntos en la sombra... Dar una conferencia sobre esto. Con asiduidad y atención tal vez se logren dos perspectivas de lo mismo. Aumentar en algo la reserva de conocimiento, abrir un nuevo campo en lugar de trillar el antiguo. En lugar de dar una conferencia sobre verdades obvias, gastadas por todos los pensadores. Vemos demasiado pronto para asociar las percepciones a la experiencia manual, para demostrar que nuestras sutiles verdades son prácticas, para mostrar su relación con nuestra vida cotidiana (mejor para mostrar su distancia de nuestra vida cotidiana), para relacionarlas con el lagar de la sidra y la institución bancaria. Ah, dadme pura vida mental, pensamiento puro. Que no tenga que apresurarme a detectar la *ley universal*; dejadme ver con claridad un ejemplo particular. Aspiro a temas más hermosos, que no darán satisfacción al vulgo, ni una frase. Tal vez pueda convencerlo de que hay más cosas en el cielo y en la tierra de lo que sueñan

en su filosofía<sup>[7]</sup>. Disolver una nebulosa y destruir así el sistema y las hipótesis nebulosas. No busquemos expresiones; busquemos pensamientos por expresar. Con perseverancia obtendremos dos perspectivas de la misma verdad preciosa.

Ese modo de ver las cosas que conoces, en el que menos has insistido, sin embargo, el que menos has recordado... Adopta esa perspectiva, adhiérete a ella, insiste en ella, mira todas las cosas desde ese punto de vista. ¿Dejarás que esas intimaciones pasen inadvertidas mientras esperas a que suenen la campana o la aldaba de la puerta? Ése es tu texto. No hables por otros, habla por ti mismo.

(25 de diciembre de 1851, 1992: 222-223)

Desde luego es una profesión distinguida la de rescatar del olvido y fijar los sentimientos y pensamientos que visitan a todos los hombres en general. Que la contemplación de una imagen inacabada sugiera su plenitud armoniosa. Asíciate con reverencia, todo lo que puedas, con tus pensamientos más elevados. Cada pensamiento bienvenido y registrado es un huevo en su nido, junto al que se pondrán otros. Los pensamientos dispuestos accidentalmente se convierten en un marco, que puede albergar otros para que se desarrollen y exhiban. Tal vez sea ése el principal valor del hábito de escribir, de llevar un diario. Así recordamos nuestras mejores horas y nos sirve de estímulo. Mis pensamientos son mi compañía. Poseen cierta individualidad y existencia separada, incluso personalidad. Recordar al azar algunos pensamientos inconexos y luego juntarlos sugiere un campo completamente nuevo en el que es posible trabajar y pensar. El pensamiento engendra pensamiento.

(22 de enero de 1852, 1992: 277-278)

Si eres escritor, escribe como si tu tiempo fuera escaso, pues incluso el más prolongado es breve. Aprovecha cada ocasión en que tu alma esté

colmada, apura la copa de la inspiración hasta las heces, no temas ser intemperante en eso. Llegará el momento en que lamentarás las oportunidades perdidas. La primavera no dura siempre. Esas temporadas fértiles y extensas de tu vida, cuando la lluvia llega a las raíces, cuando tu vigor brota, cuando se abren las flores, serán cada vez más escasas y esporádicas.

(24 de enero de 1852, 1992: 281)

No bromees en tu diario.  
Nada hay ridículo para el sincero.

(24 de enero de 1852, 1992: 282)

Lo peculiar de una obra genial es la ausencia del orador en su discurso. El orador sólo es un medio. Contemplas una obra perfecta, pero no al obrero. Leo su página, todo lo libre que pueda estar de cualquier hombre, recordada como un desierto insuperable.

(27 de enero de 1852, 1992: 294)

Si anticipas que alguna parte de tu ensayo se tambaleará con el paso del tiempo, destrúyela tú mismo, ahora.

(26 de enero de 1852, 1992: 289)

Bonaparte lo dejó bien claro: habla con sencillez, y el resto vendrá por añadidura.

(5 de febrero de 1852, 1992: 328)

Escribe mientras estés caliente. Cuando el granjero hace un agujero en su yugo, lleva con rapidez el hierro candente del fuego a la madera, pues cada momento que pasa se vuelve menos efectivo para perforarla. Hay que usarlo al instante, o es inútil. El escritor que pospone el momento de registrar sus pensamientos utiliza un hierro frío para hacer su agujero, y no podrá inflamar a su audiencia.

(10 de febrero de 1852, 1992: 341)

Me parece que la humanidad y las obras del hombre quedarán por completo fuera de la vista de quien esté en las alturas de la filosofía. Se insiste demasiado en el hombre. El poeta dice que el estudio apropiado de la humanidad es el hombre. Yo digo: estudia para olvidar todo eso y adoptar perspectivas más amplias del universo. Ése es el egoísmo de la raza. ¿Qué es toda esta literatura infantil, dicharachera y social nuestra, sobre todo en manos de los editores? Cuando el poeta dice que el mundo es demasiado para nosotros, quiere decir, por supuesto, que el hombre es demasiado para nosotros<sup>[8]</sup>. En los aspectos promulgados del hombre, en las instituciones, en el sentido común hay pobreza y engaño. Nuestra debilidad exagera las virtudes de la filantropía y la caridad y las convierte en el más elevado atributo humano. El mundo se cansará tarde o temprano de la filantropía y de todas las religiones que se basan en ella. No sostienen mi espíritu.

(2 de abril de 1852, 1992: 418-419)

A mi juicio el olfato es un informador más primitivo que la vista; más fiable y oracular. Cuando critico mis propios escritos, por decirlo así, me guío por el olfato.

(8 de mayo de 1852, 1997: 45)

Oigo el grito de un enorme halcón que con las alas encrespadas surca el aire hacia el alto confín del bosque, aparentemente para asustar a su presa y así detectarla: un graznido estridente, como para helar de terror a los gorriones, y muy propio de su pico corvo y hendido. Lo observo contra el cielo. Grita con fuerza, con un temblor ondulatorio impartido por sus alas y su movimiento al volar. El ala rota de un halcón volverá a crecer, pero no la de un poeta.

(15 de junio de 1852, 1997: 99-100)

Eso que llaman genio es una abundancia de vida o de salud que hace que todo lo que dirige a los sentidos —el sabor de estas bayas, el mugido de esa vaca, que resuena como un eco por el fresco flanco de una montaña al caer la noche, cuando un rocío fragante perfuma el aire y reina una fuerza y una serenidad perennes, aguardando una mañana eternamente intacta—, cada objeto, sonido, olor y sabor nos intoxique con una saludable ebriedad.

(11 de julio de 1852, 1997: 215)

Un diario: un libro que ha de contener un registro de todo tu gozo, de tu éxtasis.

(13 de julio de 1852, 1997: 219)

Un escritor que no hable según su plena experiencia usa palabras torpes —palabras de madera, sin vida—, palabras como «humanitario», que tienen los miembros paralizados.

(15 de julio de 1852, 1997: 221)

Es esencial que un hombre se limite a sus propósitos. El escolar, por ejemplo, a estudios que estén próximos y dirijan su vida, que no vayan contra lo esencial, ni de su voluntad ni de su imaginación. La experiencia le enseñará que algunos son más fértiles y radiantes a la luz, y otros secos, estériles y oscuros. Si es sabio no perseverará en los últimos, como una planta en un sótano se esforzará hacia la luz. Limitará sus observaciones lo más estrechamente que pueda a la experiencia o la vida de sus sentidos. Su pensamiento debe vivir e inspirarse en la vida del cuerpo. Las escenas y observaciones mortuorias, incluso de los mejores y más sabios, dan una lamentable impresión de nuestra humanidad. Vive tan cerca como puedas del canal por el que fluye tu vida. Un hombre puede asociarse con tales compañeros y emplearse de tal modo que le oscurezcan el día. Los hombres prefieren la oscuridad a la luz.

(12 de marzo de 1853, 2000: 6-7)

El viento de la mañana sopla siempre. El poema del mundo no se interrumpe, pero pocos son los oídos que lo oyen. Siempre suena esa cuerda del arpa que calma al cerbero y me llama de vuelta a la vida. El Olimpo es el exterior de la tierra en cualquier parte.

(30 de mayo de 1853, 2000: 159)

¿Qué significa esta sensación de tardanza que nos sobreviene ahora, como si el resto del año fuera cuesta abajo y no hubiéramos llevado nada a cabo antes? Ahora no deberíamos... La época de las flores o de la promesa se ha acabado y ahora es la época de los frutos, pero ¿dónde está nuestro fruto? La noche del año se acerca. ¿Qué hemos hecho con nuestro talento? Toda la naturaleza nos urge y reprende. ¡Qué pronto en el año empieza a ser tarde! El sonido de los grillos, incluso en primavera, hace que nuestros corazones latan con su temible reproche, mientras nos alienta con su oportuna advertencia.

No importa lo poco que nos hayamos quedado atrás: parece irremisiblemente tarde. El año está lleno de advertencias de su brevedad, pues es la vida. El sonido de tantos insectos y la vista de tantas flores nos afectan de ese modo. El canto del grillo y la vista del torongil morado y del diente de león otoñal. Dicen: llega la noche en la que nadie podrá trabajar.

(18 de agosto de 1853, 2000: 306)

Durante el último año, mi mal llamado editor ha estado escribiéndome para preguntarme qué debía hacer con las copias de *Una semana en los ríos Concord y Merrimack* que aún tenía en su poder, y al final me ha sugerido que reservaba otros usos para el espacio que ocupaban en su sótano. Así que hice que me los enviaran todos aquí, donde llegaron en el expreso de hoy: 706 ejemplares de una edición de 1.000, que compré a Munroe hace cuatro años y por los que he estado pagándole desde entonces, y que todavía no he terminado de pagar. La mercancía ha llegado por fin y ya puedo examinar mi adquisición. Mi espalda puede dar fe de que los libros son más tangibles que la fama, pues los he acarreado dos pisos por la escalera hasta un lugar similar a aquel del que proceden. De los restantes doscientos noventa y pico, setenta y cinco fueron regalados y los demás vendidos. Ahora poseo una biblioteca de casi novecientos volúmenes, de los cuales más de setecientos han sido escritos por mí.

(28 de octubre de 1853, 1906: V: 459)

Por lo general, no recordamos que, al fin y al cabo, siempre es la primera persona la que habla. No hablaría tanto de mí mismo si hubiera otra persona a quien conociera tan bien. Por desgracia, estoy limitado a este asunto por la pobreza de mi experiencia. Además, por mi parte, exijo de todo escritor, antes o después, un relato sencillo y sincero de su propia vida, y no sólo lo que ha oído de las vidas de otros hombres; un relato como el que enviaría a sus parientes desde una tierra lejana, porque si ha vivido sinceramente, tiene que

haber sido en una tierra lejana para mí.

(1854: 3-4)

Durante cierto tiempo trabajé como reportero de un diario de escasa circulación, cuyo editor nunca consideró oportuno publicar la mayor parte de mis contribuciones y, como suele ocurrirles a los escritores, no gané otra cosa que mi esfuerzo. Sin embargo, en este caso mi esfuerzo fue su propia recompensa.

(1854: 18)

No pretendo escribir una oda al abatimiento<sup>[9]</sup>, sino jactarme con tanto brío como el gallo encaramado a su palo por la mañana, aunque sólo sea para despertar a mis vecinos.

(1854: 84)

Sea vida o muerte, sólo anhelamos realidad. Si realmente nos estamos muriendo<sup>[10]</sup>, oigamos el estertor de nuestras gargantas y sintamos frío en las extremidades; si estamos vivos, vayamos a lo nuestro.

(1854: 98)

El tiempo no es sino la corriente donde voy a pescar. Bebo en ella, pero mientras bebo, veo el fondo arenoso y advierto lo somero que es. Su delgada corriente se desliza, pero la eternidad permanece. Quisiera beber más profundo; pez del cielo, cuyo fondo está empedrado de estrellas<sup>[11]</sup>. No puedo contar ni una sola. No conozco la primera letra del alfabeto. Siempre he lamentado no ser tan sabio como el día en que nací. La inteligencia es un cuchillo afilado, discierne y penetra el secreto de las cosas. No deseo estar

más ocupado con mis manos de lo necesario. Mi cabeza es manos y pies. Siento mis mejores facultades concentradas en ella.

(1854: 98)

Por mucho que admiremos los ocasionales arranques de elocuencia del orador, las más nobles palabras escritas están, por lo general, tan por detrás o por encima de la fugaz lengua hablada como se halla el firmamento con sus estrellas tras las nubes. *Allí* están las estrellas, y los que pueden las leen. Los astrónomos las comentan y observan por siempre jamás. No son exhalaciones como nuestro vaporoso aliento y coloquios cotidianos. Lo que se llama elocuencia en el foro suele resultar retórica en el estudio. El orador cede a la inspiración de un pretexto pasajero y habla a la masa que tiene ante sí, a los que pueden *oírle*, pero el escritor, cuyo pretexto es su vida, más regular, y que se distraería por el acontecimiento y la multitud que inspiran al orador, habla a la inteligencia y el corazón de la humanidad, a quienes en cualquier época le *entienden*.

No es de extrañar que en sus expediciones Alejandro llevase consigo la *Ilíada* en un precioso cofre. Una palabra escrita es la más escogida de las reliquias. Es algo a la vez más íntimo para nosotros y más universal que ninguna otra obra de arte. Es la obra de arte más próxima a la vida misma. Puede ser traducida a todas las lenguas, y no sólo leída, sino, en realidad, respirada por todo labio humano; no sólo ser representada en el lienzo o en el mármol, sino tallada con el aliento de la vida misma.

(1854: 102)

Los libros son la riqueza atesorada del mundo y la justa herencia de generaciones y naciones. Los libros, los más antiguos y mejores, perduran natural y legítimamente en los estantes de cualquier casa. No defienden una causa propia y, mientras ilustren y mantengan al lector, su sentido común no los rechazará. Sus autores son una aristocracia natural e irresistible en toda

sociedad y ejercen mayor influencia sobre la humanidad que reyes y emperadores.

(1854: 102-103)

Creo que después de aprender las primeras letras deberíamos leer lo mejor de la literatura, y no repetir siempre *a, b, abs* y demás monosílabos de las clases de cuarto y quinto, sentados en los primeros bancos toda la vida. La mayoría de los hombres se contenta con leer o que le lean, y tal vez esté convencida de la sabiduría de un solo libro, la Biblia, y el resto de su vida vegeta y disipa sus facultades en lo que llaman libros de fácil lectura.

(1854: 104)

La próxima vez que el novelista toque la campana no me moveré aunque se quemé la iglesia. «*El brinco del Tip-Toe-Hop, un romance de la Edad Media*, por el célebre autor de *Tittle-Tol-Tan*, en entregas mensuales; gran demanda; no se amontonan.» [...] Esta especie de pan de jengibre se cocina a diario en casi todos los hornos con mayor diligencia que el trigo puro o el centeno con maíz, y encuentra un mercado más seguro.

(1854: 105)

Algunos encontrarían faltas en el matiz rojo de la mañana si se levantaran tan temprano. «Pretenden», he oído decir, «que los versos de Kabir tienen cuatro sentidos diferentes: ilusión, espíritu, inteligencia y la doctrina exotérica de los Vedas», pero en esta parte del mundo se considera motivo de queja que los escritos de un hombre admitan más de una interpretación.

(1854: 325)

En un diario es importante describir en pocas palabras el tiempo, o el carácter del día, en lo que afecta a nuestros sentimientos. Importa recordar aquello que en su momento fue tan importante.

(5 de febrero de 1855, 1906: VII: 171)

Labaume dice que escribió su diario de campaña en Rusia por las noches, en medio de peligros y sufrimiento increíbles, con «una pluma de cuervo y un poco de pólvora, mezclada con algo de nieve derretida en la palma de mi mano», la pluma cortada y arreglada con «el cuchillo con que había cortado mi escasa ración de carne de caballo»<sup>[12]</sup>. Esta declaración habla bien de las credenciales del escritor para tratar ese tema.

(17 de noviembre de 1855, 1906: VIII: 27-28)

Un diario es un registro de experiencias y crecimiento, no una conserva de cosas bien hechas o dichas. En ocasiones me acuerdo de algo que he dicho en una conversación y olvidado de inmediato, que se leería mucho mejor que lo que pongo en mi diario. Es un fruto seco, maduro de la larga experiencia pasada, que cae de mí fácilmente, sin causar dolor o placer. El encanto del diario debe consistir en cierto verdor, aunque sea de frescura, y no en la madurez. Aquí no puedo permitirme recordar lo que he dicho o hecho, mi costra desprendida, sino lo que soy y aspiro a ser.

(24 de enero de 1856, 1906: IX: 188)

¡Piensa en el arte de la imprenta, qué milagros ha conseguido! ¡Cubrir con pensamientos y poesía el papel que se agolpa a nuestros pies como hojas caídas, casi tan barato como ellas y generalmente puesto al servicio de los usos más triviales! El leñador lee la sabiduría de todos los tiempos registrada

en el papel que envuelve su cena, y luego enciende con él su pipa. Cuando pedimos un trozo de papel para usarlo de la manera más trivial, puede que contenga las confesiones de Agustín o los sonetos de Shakespeare, y no nos damos cuenta. El estudiante aviva el fuego, el editor hace sus maletas, el cazador carga su escopeta, el viajero envuelve su comida, el irlandés empapela su chabola, el colegial salpica el techo con bolitas y la bella se arregla el cabello con los pensamientos impresos de la humanidad. Carece de curiosidad quien pueda ver una porción tan grande de la superficie terrestre así oscurecida con el registro de la experiencia humana y no sienta deseos de aprender a descifrarlo. Quien no sabe leer está peor que sordo y ciego, no está más que medio vivo, es un mortinato.

(10 de marzo de 1856, 1906: VIII: 203)

Quiero vivir siempre de manera que mi gozo y mi inspiración surjan de los acontecimientos más comunes, fenómenos cotidianos, para que pueda inspirarme con lo que a cada hora perciben mis sentidos, mi caminata diaria, la conversación de mis vecinos, y no pueda soñar otro cielo que el que se extiende sobre mí. Si un hombre adquiere el gusto del vino y del brandy al precio de perder su amor por el agua, ¿no deberíamos compadecerle?

(11 de marzo de 1856, 1906: VIII: 204)

Me desplazo río arriba con un viento moderado pero favorable, las olas algo crecidas, probablemente porque el viento lucha contra la corriente. El sol me da en la cara y las olas se me antojan especialmente vivaces y brillantes. Puedo llevar el timón y escribir al mismo tiempo.

(29 de abril de 1856, 1906: VIII: 317)

Los hombres, por lo general, exageran el tema. Creen que unos temas son

significativos y otros insignificantes. Creo que mi vida es muy hogareña, mis placeres muy baratos. Gozo y pena, éxito y fracaso, grandeza y mezquindad y, de hecho, la mayoría de las palabras de la lengua inglesa no tienen para mí el mismo significado que para mis vecinos. Veo que mis vecinos me miran con compasión, que creen que es un destino mezquino y desgraciado el que me lleva a pasear tanto por estos campos y bosques y a navegar a solas por este río. Sin embargo, desde que he hallado que éste es el auténtico Elíseo, no puedo dudar de mi elección. Mi trabajo es escribir, y no dudo, aunque sé que ningún asunto es demasiado trivial para mí, juzgado según los criterios ordinarios; porque, necios, el tema no es nada, la vida es todo. Cuanto interesa al lector es la profundidad e intensidad de la vida excitada. Sólo tocamos nuestro tema por un punto sin extensión, pero la pirámide de nuestra experiencia, o nuestro interés por ella, descansa en nosotros sobre una base más ancha o estrecha. El hombre lo es absolutamente todo, la naturaleza nada, hasta que ella lo arrastra y refleja. Dadme temas sencillos, baratos y domésticos.

(18 de octubre de 1856, 1906: IX: 121)

Por lo general, si consigo captar el oído del público, no me importa que diga si le ha gustado o no mi conferencia. Creo que lo sé al margen de lo que digan.

(18 de diciembre de 1856, 1906: IX: 195)

Si el escritor quiere interesar a los lectores, habrá de aportar mucha vida, y usar cierta satisfacción siempre como un *point d'appui*. Por mezquina y limitada que sea, la vida de la que hable debe ser una vida genuina y contenta. Los lectores deben tener la esencia o el aceite del escritor, extraído de la grasa de su experiencia y gozo.

(23 de diciembre de 1856, 1906: IX: 195)

Durante algunos años me he ofrecido en parte como conferenciante; así ha sido anunciado varios años. Sin embargo, en un año he tenido dos o tres invitaciones a pronunciar una conferencia, y en otros años ninguna. Me felicito, porque así me han permitido quedarme en casa, y soy mucho más rico por ello. No sé qué habría obtenido de gran valor, salvo dinero, de haber salido, pero veo lo que habría perdido. Me parece que así he disfrutado de una prórroga de la vida más larga y liberal. No puedo permitirme contar mi experiencia, en especial a quienes tal vez no se interesen en ella. Deseo adquirir experiencia. Podríamos recomendar a un oso que abandonara su árbol hueco y se pasara el invierno rascando todos los árboles huecos del bosque. En primavera estaría más escuálido que si se hubiera quedado en casa lamiéndose las garras. En cuanto a los asistentes a las conferencias, lo que pienso no es asunto suyo. Me doy cuenta de que la mayoría da gran importancia a sus relaciones, más o menos personales y directas, con muchos hombres, que se presentan ante ellos como conferenciantes, escritores u hombres públicos, pero todo esto me resulta impertinente y estéril. Nunca he reconocido a una multitud de hombres, y nunca he sido reconocido por ninguna. Nunca he estado seguro de su existencia, ni ellos de la mía.

(11 de enero de 1857, 1906: IX: 214-215)

La explicación más poética y sincera de los objetos es, por lo general, la de quienes los observan por vez primera, o la de sus descubridores, bien sea porque una percepción y curiosidad más aguda los condujera a su descubrimiento o porque la mayor novedad inspirara su explicación. En consecuencia, prefiero leer los relatos de un país, sus producciones y curiosidades naturales, escritos por sus primeros habitantes, y también a los primeros escritores de las ciencias naturales, aunque a menudo no sean científicos.

(27 de enero de 1857, 1906: IX: 232)

La semana en que salgo a pronunciar una conferencia, por mucho que obtenga a cambio, resulta inefablemente abaratada. Los días precedentes y siguientes son un mero descenso y ascenso respecto a ella.

(8 de febrero de 1857, 1906: IX: 246)

A menudo puedo ofrecer el relato más sincero e interesante de cualquiera de mis aventuras años después de que haya pasado, porque entonces no estoy confuso, y sólo sobreviven en mi memoria los hechos significativos. En realidad, todo lo que sigue interesándome tras ese lapso de tiempo resulta pertinente y puedo registrar con seguridad cuanto recuerdo.

(28 de marzo de 1857, 1906: IX: 311)

Si describes cualquier suceso, o a un hombre, haz dos o más anotaciones distintas en ocasiones diferentes. Aunque creas que lo has dicho todo, mañana recordarás un nuevo tipo de hechos que tal vez interesaban más en el momento, pero que no se te presentaron para ser anotados. Si hemos conocido y hablado recientemente a un hombre, y queremos contar nuestra experiencia, al principio, por lo general, haremos un relato muy parcial, omitiendo los puntos más significativos, pintorescos y dramáticos; describimos sólo lo que hemos tenido tiempo de digerir y ordenar, sin ser conscientes de que había otras cosas más nuevas e interesantes para nosotros, que, al final, no dejarán de presentársenos e impresionarnos convenientemente. ¡Qué poco de cuanto nos ocurre, en todo caso, estamos preparados para apreciar a la vez! Al principio sólo discriminamos algunos rasgos, y necesitamos reconsiderar nuestra experiencia desde muchos puntos de vista y con diversos estados de ánimo, para conservar todo su fruto.

(24 de marzo de 1857, 1906: IX: 300-301)

Estaría dispuesto a hacer dos anotaciones en mi diario, en primer lugar, la de los incidentes y observaciones de hoy, y mañana lo revisaría y registraría lo que había omitido antes, aquello que a menudo será la parte más significativa y poética. Al principio no sé qué es lo que me encanta. Los hombres y mujeres de hoy tienden a parecer más hermosos y sinceros en la memoria del mañana.

(27 de marzo de 1857, 1906: IX: 306)

Tal vez pueda escribir meditaciones bajo una roca en un aguacero.

Cuando, al principio, me refugié bajo la roca, empecé enseguida a fijarme en la laguna con una nueva mirada, como desde mi casa. Estaba en Lee's Cliff como nunca había estado antes allí, había trasladado allí mi residencia, por decirlo así. Por lo general, nos alejamos rápido de todas las oportunidades de estar donde instintivamente nos hemos esforzado por llegar. Cuando la tormenta amainó donde yo estaba, y sólo caían a mi alrededor algunas gotas, vi claramente la estela de la lluvia retirándose sobre los bosques de Lincoln al sur de la laguna y, sobre todo, oí el gran sonido precipitado causado por la lluvia que caía sobre el bosque recién brotado, un sonido muy diferente, oído así, del que hay cuando estamos en medio de ella. En el último caso, nos alivia el suave repiqueteo y no sospechamos el ruido que hace una lluvia tormentosa. El farallón se convirtió así en mi casa. Lo habitaba. Cuando al final despejó, todo resultó inesperadamente rápido y leve, e incluso el sol salió y caldeó mi espalda mientras volvía a casa. Grandes charcos llenaban las rodadas y se alzaban sobre la hierba en los campos.

(30 de mayo de 1857, 1906: IX: 392)

Un año se compone de cierta serie y número de sensaciones y pensamientos cuyo lenguaje se halla en la naturaleza. Ahora soy hielo, ahora soy acedera. Cada experiencia se reduce a un estado de ánimo.

(6 de junio de 1857, 1906: IX: 407)

Hay muchos objetos que no se ven, aunque estén al alcance de nuestro radio visual, porque no se hallan al alcance de nuestro radio intelectual, es decir, no los buscamos. Así, en el sentido más amplio, sólo descubrimos el mundo que buscamos.

(2 de julio de 1857, 1906: IX: 466)

En cuanto al estilo, si tenemos algo que decir, al escribir se desprenderá sencilla y directamente, como una piedra que cae al suelo; no hay vuelta de hoja, el estilo cae de manera que sólo podemos poner los puntos y las pausas allí donde nos deje. Las nuevas ideas llegan a este mundo como si fueran meteoros que caen con un resplandor y una explosión, tal vez perforando el tejado del castillo de alguien. No sirve de nada intentar pulir esa piedra en su descenso, darle un peculiar efecto y, si fuera posible, hacer que silbe una tonada. Tu pulido material siempre resulta ser de esta tierra, no del cielo; pero hay mucho tiempo, y la naturaleza es una maestra admirable.

(18 de agosto de 1857, carta a Daniel Ricketson, 1958: 489)

¡Cuánto se ha escrito sobre la naturaleza según la ha descrito alguien, qué poco sobre la naturaleza según es y, sobre todo, nos concierne, es decir, cuánta prosa, qué poca poesía!

(6 de octubre de 1857, 1906: X: 69)

¿No está obligado el poeta a escribir su biografía? ¿Hay alguna otra obra para él aparte de un buen diario? No deseamos saber cómo ha vivido día tras día su héroe imaginario, sino él, el héroe real.

(21 de octubre de 1857, 1906: X: 115)

Los hombres no deberían ir a Nueva Zelanda para escribir o pensar sobre Grecia y Roma, ni a Nueva Inglaterra. Nos esperan nuevas tierras, nuevos temas. No celebréis el jardín del Edén, sino el vuestro.

(22 de octubre de 1857, 1906: X: 118)

Confío en que aparezca en este diario cierto caudal, una saturación gradual de las fuentes y una crecida de las corrientes, cuyo fundamento sean los beneficios acumulados.

(26 de octubre de 1857, 1906: X: 126)

Los hechos reales de la vida de un poeta serían más valiosos para nosotros que cualquiera de sus obras de arte. Quiero decir que el propósito y la forma de su (supuesta) poesía se adoptan sacrificando la verdad vital y la poesía. Shakespeare nos ha dejado fantasías e imaginación, pero nada sabemos de la verdad de su vida, con sus apropiadas circunstancias. El escritor queda anotado, pero el vividor no. ¡La casa de Shakespeare! ¡Qué vacía está! Nadie puede imaginar a Shakespeare en esa casa. Sin embargo, nos falta la base del hecho, de una vida real, para completar nuestro Shakespeare, así como a la estatua le falta su pedestal. La vida de un poeta con esta amplia base real sería tan superior a la de Shakespeare como un liquen con su base o talo es superior a un hongo en el orden del ser.

(27 de octubre de 1857, 1906: X: 131)

Si un hombre es rico y fuerte en algún lugar, debe serlo en su tierra natal. He estado aquí estos cuarenta años aprendiendo el lenguaje de estos campos para poder expresarme mejor.

(20 de noviembre de 1857, 1906: X: 191)

Algunos poetas han dicho que escribir poesía era sólo cosa de jóvenes, pero no es así. En esa época ferviente y excitable solamente conseguimos el impulso que ha de hacernos progresar en nuestra carrera futura. Entonces se nos muestran distintamente los ideales a los que nuestras vidas apuntan después, pero que no alcanzan. La mera visión resulta escasa comparada con el firme esfuerzo correspondiente en esa dirección. En vano buscaremos siempre las tierras prometidas hacia las que, mientras tanto, no estemos viajando firme y sinceramente, ya nos lleve el camino por la cima de una montaña o a través de un oscuro valle. En la juventud, cuando somos más elásticos y hay una primavera ante nosotros, recibimos sólo un impulso en la dirección adecuada. Suponer que esto equivale a haber recorrido el camino, u obedecido fielmente al impulso durante toda la vida, es absurdo. Se nos muestran escenas hermosas para que estemos tentados a habitarlas, y no sólo para decir lo que hemos visto.

(24 de noviembre de 1857, 1906: X: 202)

Sorprende cuánto se desperdicia en la forma por el hábito de considerar la escritura como un logro. Se mezcla muy poca información o ingenio con gran cantidad de convencionalismo en la manera de expresarlo, como con una especie de engrudo o vehículo preponderante. No se expresa sencillamente una vida, sino que se elabora un discurso largamente devanado, con la intención ocasional de poner en él una pequeña vida.

(25 de noviembre de 1857, 1906: X: 206)

La mayoría de los ensayos y conferencias me decepciona. Descubro que había esperado que los autores contaran cierta vida, una experiencia muy íntima, por la que sería relativamente indiferente el estilo en que se

expresaran, pero, por lo general, sólo pueden exhibir cierto talento. La nueva revista que todos hemos estado esperando contiene sólo otra historia de amor contada con tanta naturalidad como la última, tal vez, pero sin la menor novedad en ella. Resulta un mero vehículo para las frases yanquis.

(27 de diciembre de 1857, 1906: X: 228)

Hay muchas palabras que son genuinas e indígenas y tienen su raíz en nuestra naturaleza, no creadas por escolares y comprendidas tanto por los analfabetos como por los demás. También hay muchas palabras que son espurias y artificiales, y que sólo pueden usarse en el mal sentido, ya que aquello que significan no es hermoso y sustancial, como «iglesia», «magistratura», «destituir», etcétera. Quienes las usan no pisan tierra firme. En vano intentamos conservarlas uniéndoles otras palabras, como «la verdadera iglesia», etcétera. Es como si se remolcara con una canoa un barco que se hunde.

(1 de enero de 1858, 1906: X: 233)

No creo mucho en esa química que puede extraer maíz y patatas de un yermo, sino en la química que puede extraer pensamientos y sentimientos de la vida de un hombre en cualquier tierra. En vano escribimos sobre las estaciones, a menos que tengamos las estaciones en nosotros.

(23 de enero de 1858, 1906: X: 253)

Nunca pasa el tiempo tan rápida e inexplicablemente como cuando estoy absorto en la composición, es decir, escribiendo mis pensamientos. Los relojes parecen haberse adelantado.

(27 de enero de 1858, 1906: X: 263)

El viajero se defiende e insensibiliza. Trata con superficies, lleva puesto un gabán. Sin embargo, el que se queda en casa y escribe sobre cosas domésticas nos entrega pensamientos y sentimientos desnudos y tiernos.

(19 de febrero de 1858, 1906: X: 258)

El autor de la novela china *Ju-Kiao-Li*, hace ochocientos años, parece haber apreciado la belleza de los sauces. Pe, su protagonista, se marcha de la ciudad al final de su vida, a una corriente bordeada de sauces, a unos treinta kilómetros de distancia, para pasar el resto de sus días bebiendo vino y escribiendo versos allí. Describe la ceja de su heroína como una hoja de sauce que flota en la superficie del agua.

(7 de agosto de 1858, 1906: XI: 81)

Resulta sorprendente hasta qué punto las camarillas gobiernan el mundo. Quienes constituyen, o al menos lideran, la sociedad de Nueva Inglaterra o Nueva York, a los ojos del mundo, no son sino una camarilla, unos pocos «hombres de su tiempo» y de la ciudad, que trabajan mejor con el arnés que se les pone. Las instituciones de casi todo tipo tienen, pues, un carácter sectario o partidario. Los periódicos, las revistas, las universidades y todas las formas de gobierno y religión expresan la actividad superficial de una minoría; la masa se conforma con ello o se desentiende.

(9 de agosto de 1858, 1906: XI: 86)

El escritor necesita la sugerencia y corrección que supone un corresponsal o compañero. A veces me acuerdo de haber dicho algo a otro que valía la pena decirme a mí mismo, es decir, escribir en mi diario.

(23 de agosto de 1858, 1906: XI: 120)

No es útil arar más profundo de lo que es el terreno, a menos que queramos seguir con ese tipo de cultivo persistentemente, abonando mucho y acarreando estiércol en cada cosecha, en resumen, elaborando un terreno. Sin embargo, a muchos hombres les gusta abordar temas poderosos, como la inmortalidad, pero en su discurso no recogen nada más que arena amarilla, bajo la cual queda enterrada y perdida la escasa superficie fértil y disponible que pudieran tener. Deberían enseñar más bien la frugalidad —cómo posponer la hora fatal—, deberían plantar un huerto de judías. Podrían haber logrado bastantes para ser diáconos, aunque no predicadores. Muchos hombres hunden tanto el arado en terreno pesado o rocoso que enseguida queda clavado en el surco. El gran arte del escritor es mejorar de un día para otro ese suelo y fertilidad que posee para recoger la cosecha que su vida produce, sea cual sea, no para esforzarse en lograr manzanas o naranjas cuando sólo produce cacahuets. Debería estar cavando, no elevándose. Nuestra vida será tan sincera como profundo sea nuestro terreno. Si es fuerte y profundo, sembraremos trigo y haremos con él el pan de la vida.

(9 de noviembre de 1858, 1906: XI: 304)

¡Libertad de expresión! No ha entrado en vuestro corazón concebir lo que esas palabras significan. No es que vuestra secta me dé permiso para decir esto o aquello, sino que vuestra secta tiene permiso para retirarse. ¡La Iglesia, el Estado, la escuela, la revista creen que son liberales y libres! Es la libertad de un patio de prisión.

(16 de noviembre de 1858, 1906: XI: 324)

Fijaos en los directores de vuestras revistas populares. Yo he tratado a uno o dos de los más liberales. Les asusta imprimir una frase, una frase redonda, una frase expresada libremente. Quieren conseguir treinta mil suscriptores, y harán cualquier cosa para conseguirlos. Consultan al D. D. y a

todas las letras del alfabeto antes de imprimir una frase<sup>[13]</sup>.

(16 de noviembre de 1858, 1906: XI: 325)

No es ningún cumplido ser invitado a pronunciar una conferencia ante los ricos institutos y liceos. Los conferenciantes asentados son tan mansos como los ministros asentados. El público no quiere oír a ningún profeta; no desea ser estimulado e instruido, sino entretenido.

(16 de noviembre de 1858, 1906: XI: 327)

Cuando oigo la riña hipercrítica sobre la gramática y el estilo, la posición de las partículas, etcétera, que estiran o contraen a cada orador según ciertas normas suyas —tal vez al señor Webster, que no ha hablado según la norma del señor Kirk-ham—, entiendo que se olvida que la primera norma y requisito es que la expresión sea vital y natural, tanto como la voz de un bruto o una interjección: ante todo, la lengua materna; al final, la lengua paterna o artificial. En esencia, la más sincera de nuestras frases poéticas es tan libre e ilícita como el balido de un cordero. A menudo el gramático es alguien que no llora ni ríe y, sin embargo, cree que puede expresar emociones humanas. Así, los maestros de la postura os dicen cómo andar —sacando los dedos del pie, tal vez en exceso—, pero así no resultan hermosos caminantes.

(2 de enero de 1859, 1906: XI: 386)

El granjero de Nueva Inglaterra no podría conducir hasta el mercado bajo estos árboles sin sentir que apelan a su sentido de la belleza. Sería consciente de que el fenómeno llamado belleza se ha hecho visible si dispusiera del ocio o hubiera tenido la cultura debida para apreciarlo. Un molinero con el que cabalgaba advertía realmente la belleza de los árboles, y un granjero me dijo con toda sinceridad que, habiendo penetrado en los bosques de Walden con

su trineo, pensó que no había visto nada tan bello en su vida, y que si hubiera habido allí hombres que supieran cómo escribir sobre ello, habría sido un gran pretexto para ellos.

(18 de enero de 1859, 1906: XI: 405)

Algunos han hablado despreciativamente de los indios, como una raza que posee tan poca habilidad e ingenio, tan baja en la escala de la humanidad, y tan brutal, que apenas merece ser recordada, y usan sólo los términos «miserable», «desgraciado», «digno de lástima» y otros parecidos. Al escribir sus historias de este país han dispuesto apresuradamente de esta negación de la humanidad (como podrían haberla llamado) que contaminaba y ensuciaba la costa y el interior. Sin embargo, si incluso los animales indígenas resultan inagotablemente interesantes para nosotros, ¡cuánto más no lo serán los hombres indígenas de América! Si hombres salvajes, más parecidos que diferentes a nosotros, han habitado estas orillas antes que nosotros, deseamos saber en particular qué tipo de hombres han sido, cómo han vivido aquí, cuál ha sido su relación con la naturaleza, sus artes y sus costumbres, sus fantasías y supersticiones. Han remado en estas aguas, han paseado por estos bosques y han tenido sus fantasías y creencias relacionadas con el mar y el bosque, las cuales nos conciernen tanto como las fábulas de los países orientales. Con frecuencia ocurre que el historiador, aunque profesa más humanidad que el trampero, el montañés o el buscador de oro, que dispara al indio como a una bestia salvaje, muestra y practica en realidad una inhumanidad similar hacia él, esgrimiendo una pluma en lugar de un rifle.

(3 de febrero de 1859, XI: 437-438)

El escritor debe, hasta cierto punto, inspirarse a sí mismo. La mayoría de sus frases, al principio, yace muerta en su ensayo, pero cuando todas están compuestas, las líneas maduras y logradas reflejarán en ellas cierta vida y color; parecerán tener un nuevo pulso, y el escritor será capaz de suplir su

sentido adormecido y hacerlas dignas de su vecindad. En su primer ensayo sobre cualquier tema, apenas produce algo más que el armazón y fundamento de su sentimiento y poesía. Cada pensamiento claro que alcanza arrastra en su estela muchos pensamientos y percepciones divididas. El escritor tiene mucho que hacer incluso para crear un tema por sí mismo. La mayor parte de lo que escribe al principio sobre cualquier asunto resulta como ir a tientas tras él, meros escombros y cimientos. Sólo cuando se han reunido muchas observaciones de diferentes periodos comienza a captar su tema y puede hacer una observación pertinente y justa.

(3 de febrero de 1859, 1906: XI: 438-439)

La naturaleza trabaja con contrarios. Lo que en verano era más fluido e inquieto resulta ahora lo más sólido e inmóvil. Si en verano arrojamos una ramita al agua, de inmediato se mueve con la corriente, y nada sigue donde estaba. Ahora veo allá una larga hilera de ramitas negras erguidas en medio del canal, donde hace dos meses las puso un pescador para sujetar sus sedales. Siguen inmóviles como señales, mientras la nieve y el hielo se acumulan sobre ellas.

Ésa es la fría habilidad del artista. Esculpe una estatua con un material que es tan fluido como el agua para el trabajador ordinario. Sus sentimientos son la cantera en que trabaja.

(11 de febrero de 1859, 1906: XI: 441-442)

A veces, con humor prosaico, nos parece que la vida no será más que algunos días como los que ya hemos vivido, que no se verá alentada por más amigos y amistad, sino, probablemente, cada vez por menos. Así como, tal vez, anticipamos el final del día antes de que acabe, cerramos las contraventanas y con una resignación desalentada comenzamos la estéril noche cuyo final improductivo vemos claramente, creemos desanimados que lo que queda de la vida es esta experiencia repetida cierto número de veces, y

así sería, si no fuera por la facultad de la imaginación.

(13 de febrero de 1859, 1906: IX: 445)

Un conocimiento transitorio de cualquier fenómeno no es suficiente para convertirlo en asunto de tu musa. Debes conocerlo tan bien como para recordarlo y que te sea recordado mucho después, mientras yace remotamente hermoso y elíseo en el horizonte y resulta sólo accesible mediante la imaginación.

(13 de febrero de 1859, 1906: XI: 446)

El halcón y el pino son amigos. Lo que retiene al halcón en los bosques, lejos de las ciudades, me retiene a mí aquí. Ese pájaro se posa confiado en la copa de un pino blanco y no en vuestra veleta. Ese pájaro no será un ave de corral, ni pondrá huevos para vosotros, y siempre ocultará su nido. Aunque decidido, o *salvaje*, no es deliberado en su salvajismo<sup>[14]</sup>. El hombre que no simpatiza con ellos considera un pecado el salvajismo de algunos animales, su extrañeza respecto a él; como si toda su virtud consistiera en poder ser domados. Siempre tiene una bala en la recámara para su exterminio. Lo que llamamos salvajismo es una civilización distinta a la nuestra. El halcón rehúye al granjero, pero busca el amistoso cobijo y apoyo del pino. No consentirá en caminar por la era, sino que le encanta planear sobre las nubes. Sigue su propio camino y resulta hermoso, aunque queramos someterlo a nuestra voluntad. Toda obra de arte sobresaliente resulta extraña y salvaje para la masa de los hombres, como el genio mismo. Ninguno de los halcones que planea y roba en nuestro corral es más salvaje que el genio, ni más perseguido o libre de toda persecución. No puede ser un poeta laureado y luego repetir «Lindo lorito» y «Lorito quiere galleta»<sup>[15]</sup>.

(16 de febrero de 1859, 1906: XI: 450)

En la composición, el mayor arte consiste en descubrir tan pronto como sea posible cuáles son los mejores pasajes que has escrito, y desechar el resto para abordarlos. Incluso las partes más pobres serán las más efectivas cuando sirvan a éstas, como frontones respecto a la columna.

¡Cuánto ha de vivir y resistir el escritor para presentarse ante el público tan a menudo! Unos pocos años o libros son para él iguales a una larga vida de experiencia, sufrimiento, etcétera. Bien está si no se endurece. Aprende a soportar el desdén y a despreciarse a sí mismo. Hace, por decirlo así, exámenes *post-mortem* de sí mismo antes de morir. Eso es el arte.

(20 de febrero de 1859, 1906: XI: 452)

¡Hablemos de leer! ¡Un buen lector! Depende de cómo se le oiga. Podrá haber elocución y pronunciación (es decir, recitación) hasta la saciedad, pero no habrá una buena lectura a menos que haya un buen oído. Hacen falta al menos dos para este juego, como para el amor, y deben cooperar. El conferenciante leerá mejor las partes de su conferencia que mejor se oigan.

(3 de marzo de 1859, 1906: XII: 9)

Creo que resulta un éxito mayor como conferenciante afectar a las naturalezas incultas que afectar a las más refinadas, porque todo cultivo es necesariamente superficial, y puede que sus raíces ni siquiera *se dirijan hacia* el centro del ser.

(10 de marzo de 1859, 1906: XII: 32)

Averigua tan pronto como sea posible cuáles son las mejores cosas que has compuesto y adecúa el resto a ellas. Las primeras serán el nervio central y las venas de la hoja.

Siempre hay algo accidental en las mejores cosas, ya sean pensamientos o

expresiones o hechos. El pensamiento memorable, la expresión feliz, el hecho admirable son nuestros sólo en parte. El pensamiento vino a nosotros porque estábamos del humor adecuado; también inconscientemente, no sabemos que hemos dicho o hecho algo bueno. Debemos caminar conscientemente sólo parte del camino hacia nuestra meta, y luego saltar en la oscuridad para triunfar. Lo que hacemos mejor o más perfectamente es lo que hemos aprendido por completo mediante la más larga práctica, y al fin se desprende de nosotros sin darnos cuenta, como una hoja del árbol. Es la *última* vez que lo haremos, nuestras sobras inconscientes.

(11 de marzo de 1859, 1906: XII: 39)

A veces los sentidos nos brindan información más rápido de lo que podemos recibirla. Tal vez puedan llamarse automáticos esos pensamientos que avanzan por sí mismos encarrilados mientras estamos presos en cierta rutina. Se me presenta claramente la idea de un vagón, sin la menor sospecha de cómo ha surgido o se me ha sugerido. No tengo duda alguna de que mis oídos la han oído, pero, preocupado, me he negado a atenderla. Esto sugiere que la mayoría de nuestras ideas, en efecto, si no todas, se deben a cierta impresión sensual de la que podemos o no ser conscientes.

(22 de abril de 1859, 1906: XII: 155-156)

¡Ahora o nunca! Debemos vivir en el presente, lanzarnos con cada ola, encontrar nuestra eternidad en cada momento. Los tontos aprecian las oportunidades en su isla y buscan otra tierra. No hay otra tierra; no hay otra vida salvo ésta, o una semejante a ésta. Donde hay un buen campesino, hay buena tierra. Seguid cualquier otro curso y la vida será una sucesión de lamentos.

(24 de abril de 1859, 1906: XII: 159-160)

¿Por qué nos encantan las perspectivas lejanas? Porque, inmediata e inevitablemente, imaginamos una vida por vivir allí como no ha sido vivida en ningún lugar, o donde estamos. Suponemos que el éxito es la norma. Llevamos a un perfecto catador con nosotros. ¿Por qué resultan siempre bellos para nosotros los valles lejanos, los lagos, las montañas en el horizonte? Porque nos damos cuenta por un momento de que pueden ser la casa del hombre, y que la vida del hombre puede estar en armonía con ellos. ¿Diré que así nos engañamos siempre a nosotros mismos? No sospechamos que *ese* granjero se dirija al depósito con su leche. *Allí* no se agua la leche. Estamos obligados a imaginar una vida en armonía con el escenario y la hora. El cielo y las nubes, y la tierra misma, con su belleza, predicán ante nosotros, diciendo: os ofrecemos esta morada, y os animamos a vivir así. *Allí* no hay una pobreza macilenta ni deudas agobiantes. No hay intemperancia, pereza, mezquindad o vulgaridad. Los hombres hacen bocetos, pintan paisajes o escriben versos que celebran las oportunidades del hombre. Introducirse en la familia de un auténtico granjero al atardecer, y ver a los jornaleros cansados que llegan del trabajo pensando en su paga, a los puercos sirvientes en la cocina y el lavabo, la estupidez indiferente y la paciente miseria sólo superada por la alegría de los niños, eso sugiere otra serie de pensamientos. Mirar hacia ese tejado desde lejos en un atardecer de octubre, cuando su humo asciende pacíficamente para unirse arriba a las nubes afines: eso sugiere una serie de pensamientos diferentes. Creemos que vemos estas hermosas moradas y la alegría nos invade, cuando tal vez sólo veamos nuestros propios tejados. Siempre estamos ocupados en alquilar casa y tierras y poblarlas con nuestra imaginación. No hay belleza en el cielo, sino en el ojo que lo ve.

(3 de octubre de 1859, 1906: XII: 366-367)

¡Hablar de aprender la cartilla y alfabetizarse! Las raíces de las letras son las cosas. Los objetos y fenómenos naturales son los símbolos o tipos originales que expresan nuestros pensamientos y sentimientos y, sin embargo,

los escolares americanos, con poca o ninguna raíz en la tierra, se esfuerzan, por lo general, con todo su poder, en limitarse a usar sólo símbolos importados. Están dispuestos a rechazar todo el verdadero crecimiento y experiencia, la expresión viva, como «americanismos». Es el viejo error, que la Iglesia, el Estado, la escuela siempre cometen, eligiendo la oscuridad antes que la luz, aferrándose a lo viejo y a la tradición. Seguramente, un conocimiento más íntimo, una experiencia más profunda originarán una palabra. Si realmente sé que nuestro río sigue un curso serpenteante hasta el Merrimack, ¿lo describiré aún refiriéndome a otro río tan viejo como él, que se le parezca, y lo llamaré meandro? No traza meandros en mayor medida que el Meandro «musquetaquidea»<sup>[16]</sup>. Aquí canta lo mismo el ruiseñor que el Meandro. ¿Y si las palabras, la lengua, tuvieran una tarifa, para animar las manufacturas nacionales? ¿Carecemos de genio para acuñar las nuestras? Que el maestro de escuela distinga las auténticas de las falsas.

(16 de octubre de 1859, 1906: XII: 389-390)

Un poeta laureado ha celebrado la pasajera carga en Balaclava, que obedeció a una orden errónea, como demostración de la perfecta máquina que es un soldado; pero no ha sido cantada la firme y en su mayor parte victoriosa carga contra las legiones de la esclavitud mantenida durante años en Kansas por John Brown, obedeciendo a una orden infinitamente superior, tan memorable como superior es un hombre inteligente y consciente a una máquina<sup>[17]</sup>.

La muchedumbre grosera y embrutecida, que no conoce a un *hombre* por simpatía, se apresura a volver a su casa, desde sus urnas e iglesias hasta sus castillos de indolencia, tal vez para proteger allí su valor con una charla infantil sobre caballeros y dragones. Toda una nación se agarrará durante años a la memoria de su Arturo, o a otro héroe imaginario, que tal vez nunca atacara su pecado o institución peculiar<sup>[18]</sup> y que, siendo imaginario, nunca fracasó, cuando sus miembros son los auténticos filibusteros y cobardes caballeros a quienes derrotó, mientras olvidan a sus auténticos héroes.

(19 de octubre de 1859, 1906: XII: 405)

Cuando leo algunas normas para hablar y leer correctamente la lengua inglesa —como que una frase no debe acabar en una partícula— y compruebo que incluso los hombres cultos las cumplen, pienso:

Cualquier necio puede dictar una regla  
y todos los necios la tendrán en cuenta.

(3 de febrero de 1860, 1906: XIII: 125)

La norma de las Escrituras, «al que tiene se le dará», es cierta respecto a la composición. Cuanto más hayamos pensado y escrito sobre un tema, más podremos escribir aún. El pensamiento nutre al pensamiento. Crece en nuestras manos.

(13 de febrero de 1860, 1906: XIII: 145)

Siempre tendrás que luchar contra la estupidez de los hombres. Es como una mugre endurecida, un duro betel. Si profundizas más de lo habitual, seguro que encuentras un betel aún más duro, incluso con un cultivo superficial. Al estúpido siempre lo tendréis con vosotros. Al principio los hombres son más obedientes a las palabras que a las ideas. Les importan los nombres más que las cosas. Pronuncia ante ellos una conferencia sobre «educación», mencionando el asunto, y pensarán que han oído algo importante; pero llámala «trascendentalismo» y pensarán que han oído a un lunático. O parte en dos la conferencia, pon un salmo al principio y una plegaria al final, y léela desde un púlpito, y pensarán que es buena con los ojos cerrados.

(13 de febrero de 1860, 1906, XIII: 145)

Así como en la expresión de las verdades morales admiramos cualquier proximidad al hecho físico, que en toda lengua es el símbolo del espiritual, por fin, cuando se describen objetos naturales, resulta ventajoso que se usen las palabras provenientes originalmente de la naturaleza, es cierto, pero cuyo significado primario se ha transformado (como un tropo) en un sentido moral, es decir, si el objeto se ha personificado. El que más ame y comprenda una cosa se inclinará a usar los pronombres personales al hablar de ella. Para él no existe el género neutro. Muchas de las palabras de los antiguos naturalistas eran tropos en este doble sentido.

(15 de febrero de 1860, 1906: XIII: 145)

Los escritores antiguos han dejado un relato más vivo y animado de las Gorgonas que el que los escritores modernos nos proporcionan de los animales reales.

(18 de febrero de 1860, 1906: XIII: 156)

Un hecho afirmado a secas resulta seco. Debe ser el vehículo de cierta humanidad para interesarnos. Es como dar una piedra a un hombre cuando os pide pan. Al final, la moraleja está en todas partes y no nos importa si una verdad inferior es sacrificada en aras de otra superior, como cuando el moralista fábula y hace que los animales hablen y actúen como hombres. Debe resultar cálido, húmedo, encarnado, al menos debe haber recibido el aliento. Un hombre no ha visto una cosa si no la ha sentido.

(23 de febrero de 1860, 1906: XIII: 160)

Nada nos gusta leer más que una buena descripción de algo que ya conocemos bien, como de un amigo o incluso de nosotros mismos. En la

medida en que lo intentamos y estamos cerca de nuestro objetivo, no nos hace falta una explicación medida o científica, que es como la medida que toman, o la descripción que redactan de un hombre que abandona su país, y que insertan en su pasaporte para uso de la policía de otros países. Los hombres de ciencia sólo miran al objeto con mirada siniestra, para ver si se corresponde con el pasaporte, y se limitan a visarlo o a hacer alguna trivial marca adicional antes de devolverlo; pero no quieren ver ni pensar en el pasaporte de los auténticos conocidos y amigos que pueda tener en tierras extranjeras.

(13 de octubre de 1860, 1906: XIV: 119)

Me ha sorprendido que un joven que se había propuesto escribir la historia de una ciudad —su lugar natal—, cuyo nombre me sugería un centenar de cosas, se refiriera, como el hecho culminante de su historia, a que esa ciudad fue la residencia de cierto general y a que la mansión familiar aún estaba en pie.

(26 de noviembre de 1860, 1906: XIV: 275)

Los señores literatos, editores y críticos piensan que saben escribir porque han estudiado gramática y retórica, pero se equivocan egregiamente. El arte de la redacción es tan sencillo como el disparo de una bala de rifle, y sus obras maestras implican una fuerza infinitamente mayor detrás. El habla y escritura de este hombre iletrado es inglés estándar. John Brown ha convertido en americano estándar algunas palabras y frases antes consideradas vulgarismos y americanismos, como «vale la pena»<sup>[19]</sup>. Sugiere que la gran regla de redacción —y si yo fuese profesor de retórica insistiría en ello— es *decir la verdad*. Esto lo primero, lo segundo y lo tercero, con o sin piedras en la boca<sup>[20]</sup>. Para ello lo más necesario es sinceridad y hombría.

(1860: 150-151)

No podemos leer una historia genuina —como la de Herodoto o la del Venerable Beda— sin percibir que nuestro interés no depende del asunto, sino del hombre, de la manera en que trata ese asunto y de la importancia que le da. Un escritor débil y sin genio debe tener lo que él considera un gran tema, en el que ya estamos interesados por las explicaciones de otros, pero un genio —Shakespeare, por ejemplo— hará que la historia de su parroquia sea más interesante que la historia universal de otro.

Allí donde los hombres han vivido, hay una historia que ha de ser contada, y que sea o no interesante depende principalmente del narrador o del historiador. Eres sólo un testigo en el estrado para contar lo que sabes sobre tus vecinos y vecindario. Tu relato sobre tierras extranjeras que nunca has visto debería ser, por derecho, menos interesante.

(18 de marzo de 1861, 1906: XIV: 330)

Vivir mucho de puertas afuera, al sol y al viento, ha de producir sin duda cierta rudeza de carácter: causará el crecimiento de una gruesa cutícula sobre algunas de las cualidades más refinadas de nuestra naturaleza, al igual que en la cara y en las manos, del mismo modo en que el intenso trabajo manual roba a las manos parte de su delicadeza en el tacto. Así, el hecho de permanecer en casa, por otro lado, puede producir una piel tersa y suave, por no decir tenue, junto con una sensibilidad acrecentada hacia ciertas impresiones. Si el sol hubiese brillado y el viento soplado sobre nosotros un poco menos, quizá seríamos más susceptibles a ciertas influencias de importancia para nuestro crecimiento moral e intelectual; y no cabe duda de que combinar piel tenue y gruesa en la proporción justa es asunto delicado. Pero, a mi juicio, no hay por qué esperar mucho para que esa costra se desprenda de nuestra piel: el remedio natural se encuentra en la proporción entre día y noche, entre invierno y verano, entre pensamiento y experiencia.

(1862: 98)

He sentido que *ésta era la mismísima edad heroica*, aunque no lo sepamos, pues el héroe es, por lo general, el más sencillo y oscuro de los hombres.

(1862: 112)

De la literatura solamente nos atrae lo salvaje. Mediocridad no es más que otro nombre para la docilidad. Lo libre e incivilizado, el pensamiento salvaje de *Hamlet* y la *Ilíada*, de todas las escrituras y mitologías, no aprendido en las escuelas, es lo que nos deleita. Tal como el pato salvaje es más bello y veloz que el doméstico, así es el pensamiento salvaje, como el ánade real que con un golpe de ala se eleva entre el rocío, más allá de las marismas. Un libro verdaderamente bueno es algo tan natural, tan inesperada e indescriptiblemente hermoso y perfecto como la flor silvestre descubierta en las junglas del este o en los prados del oeste. El genio es una luz que hace visible la oscuridad, como ese resplandor del relámpago que tal vez haga temblar el templo mismo del conocimiento, y no una cerilla encendida en el hogar de la raza, que palidece ante la luz del día.

(1862: 119)

¿Dónde está la literatura que da expresión a la naturaleza? Poeta sería aquel que pudiese poner los vientos y las corrientes a su servicio, para que hablasen por él; que clavase las palabras a sus sentidos primitivos, como los granjeros que vuelven a hincar en primavera las estacas que han sido levantadas por las heladas de invierno; que extrajese sus palabras a medida que las utilizara, trasplantándolas a la página con tierra adherida a sus raíces; aquel cuyas palabras fuesen tan verdaderas y frescas y naturales que pareciesen desperezarse como capullos al aproximarse la primavera, aunque hubieran permanecido en una biblioteca medio asfixiadas entre dos hojas mohosas: ¡ay!, en solidaridad con la naturaleza que las rodea, allí florecen y

dan fruto para el fiel lector, una vez al año y después de las otras plantas de su género.

(1862: 120)

No sé de ninguna poesía que pueda citar que exprese con propiedad este anhelo por lo salvaje. Vista con esta perspectiva, hasta la mejor poesía resulta dócil. No sé dónde encontrar en literatura alguna, antigua o moderna, un solo relato de esa naturaleza —con la que hasta yo estoy familiarizado— que me satisfaga. Comprenderán que estoy exigiendo algo que ninguna época augusta o isabelina —que, en suma, ninguna *cultura*— puede ofrecer. La mitología se acerca a eso más que ninguna otra cosa. ¡Qué fértil naturaleza tiene la mitología griega en sus raíces, mucho más fértil, al menos, que la de la literatura inglesa! La mitología es la cosecha que el Viejo Mundo arrancó de su suelo antes de quedar exhausto, antes de que la fantasía y la imaginación se tiznasen, y que, allí donde perdura, aún ostenta su prístino vigor. Todas las demás literaturas resisten tanto como los olmos que sombrean nuestras casas; pero ésta es como el gran drago de las Islas Occidentales<sup>[21]</sup>, tan viejo como la humanidad, y que, desaparezca ésta o no, durará tanto como ella, pues la decadencia de otras literaturas abona el suelo en el que medra.

(1862: 120-121)

Los caminos por los que se consigue dinero, casi sin excepción, nos hacen descender. Haber hecho algo por lo que *sólo* se percibe dinero es haber sido un auténtico holgazán o peor aún. Si un obrero no gana algo más que el sueldo que le paga su patrón, le están engañando, se engaña a sí mismo. Para ganar dinero como escritor o conferenciante, tienes que ser popular, lo cual implica un descenso perpendicular.

(1863: 158)

[En los bosques de Maine] no sólo hay majestuosos pinos, sino también frágiles flores, como las orquídeas, de las que suele decirse que son demasiado delicadas para su cultivo, y que extraen su alimento de las más crudas masas de turba. Aquéllas nos recuerdan que, no sólo en busca de fuerza, sino también de belleza, el poeta debe pisar de vez en cuando la pista del leñador y el sendero del indio para beber y fortalecerse en una nueva fuente de las Musas, lejos, en el último recoveco de las tierras salvajes.

(1864: 156)

Otro escritor dice de ésta que es una bella localidad. Pero creo que nuestros pueblos sólo toleran ser comparados entre sí, no con la naturaleza. No siento mucho respeto por el gusto del escritor que habla con tanta facilidad acerca de *bellas* localidades, adornadas, quizá, con un «molino de batán», una «hermosa academia» o casa de juntas, y «varios talleres para las diferentes artes mecánicas»; donde se enfrentan las casas verdes y blancas de los hidalgos, filas de ellas en una calle de la que sería difícil decir a qué se parece más, si a un desierto o a un largo establo.

(1865: 16)

Un estado de ánimo prosaico jamás ha conseguido nada notable. Los héroes y descubridores han hallado verdadero mucho más de lo que se creía previamente, y para ello han tenido que esperar y soñar algo más que sus contemporáneos o que ellos mismos, esto es, han tenido que estar dispuestos a contemplar la verdad. Según los criterios del mundo, siempre han sido unos locos.

(1865: 95)

A cada paso dejamos una impresión en el Cabo, aunque no fuéramos conscientes de ello y nuestro relato no haya dejado ninguna impresión en vosotros. Pero ¿qué es nuestro relato?

(1865: 212)

Los hay que escriben las vidas de aquellos que llaman hombres *autodidactos*, y que celebran la *búsqueda* del conocimiento a pesar de las dificultades. Sería muy instructivo para esos novicios ir a desenterrar una docena de brotes de roble y nogal, para ver las batallas que éstos tienen que librar aquí.

(1993: 142)

Así, cualquier verano, tras pasar la mañana leyendo o escribiendo en tu cuarto, por la tarde te adentras caminando en los campos y bosques, y si te place entras en un marjal rico, apartado e inexplorado, donde encuentras arándanos grandes y hermosos que te esperan en inagotable abundancia. Ése es tu verdadero huerto.

(1999: 32)

Ocurre que A se gana la vida como recolector profesional de arándanos, ha arrendado el campo de B y se encuentra ahora, suponemos, recogiendo a caballo la cosecha con un rastrillo para arándanos patentado. Un cocinero profesional, C, está supervisando el horneado de una tarta hecha con parte de las bayas, mientras el profesor D, que es el receptor de la tarta, está sentado en su biblioteca escribiendo un libro: un tratado botánico sobre la familia de las *Vaccinieæ*, por supuesto. El resultado de este descenso a los infiernos se podrá comprobar en ese trabajo, el fruto final del campo de arándanos. No

valdrá para nada. Nada habrá en él del espíritu de los arándanos, y su lectura servirá sólo de penitencia. Yo creo en una división del trabajo diferente: una que anime al profesor D a dividir libremente su jornada entre su biblioteca y el campo de arándanos.

(1999: 58)

Es fácil hablar, pero difícil escribir.  
Del peor de los corresponsales,

HENRY D. THOREAU  
(14 de octubre de 1861,  
carta a Daniel Ricketson, 1958: 629)



HENRY DAVID THOREAU. Concord (EE. UU.), 1817 - Ídem, 1862. Escritor y ensayista estadounidense. Nacido en el seno de una familia modesta, se graduó en Harvard en 1837 y volvió a Concord, donde inició una profunda amistad con el escritor Ralph Waldo Emerson y entró en contacto con otros pensadores trascendentalistas. En 1845 se estableció en una pequeña cabaña que él mismo construyó cerca del pantano de Walden a fin de simplificar su vida y dedicar todo el tiempo a la escritura y la observación de la naturaleza. En este período surgieron *Una semana en los ríos Concord y Merrimack* (1849), descripción de una excursión que diez años antes había realizado con su hermano, y, finalmente, *Walden* (1854), que tuvo una notable acogida.

En 1846, concluida su vida en el pantano, Thoreau se negó a pagar los impuestos que el gobierno le imponía, como protesta contra la esclavitud en América, motivo por el cual fue encarcelado; este episodio le llevó a escribir *Desobediencia civil* (1849), donde establecía la doctrina de la resistencia pasiva que habría de influir más tarde en figuras de la talla de Gandhi y Martin Luther King. Cercano a los postulados del trascendentalismo, su

reformismo partía del individuo antes que de la colectividad, y defendía una forma de vida que privilegiara el contacto con la naturaleza.

# Notas

[1] Thoreau emplea el mismo juego de palabras en su ensayo 'Life without Principle': "Read not the Times. Read the Eternities". <<

[2] Thoreau alude a sir Walter Raleigh (1554-1618), estadista y escritor inglés, autor de una *Historia del mundo* redactada durante su prisión en la Torre de Londres, antes de ser ejecutado. En 1843, Thoreau publicaría en *The Dial* su ensayo ‘Sir Walter Raleigh’, donde diría que, «en la mayoría de las ocasiones, un escritor sólo *escribe* historia, tratándola como materia muerta, pero Raleigh la *cuenta* como si fuera una narración reciente». <<

[3] Thoreau remeda irónicamente el grito de guerra que recuerda la batalla de El Álamo (1836), en la que las tropas mexicanas del general Santa Ana masacraron a los defensores del fuerte tejano, entre ellos al coronel James W. Fannin, cuyo apellido solía imprimirse como Thoreau lo escribe. Aunque el episodio ha servido para enaltecer la «independencia» de Texas y el expansionismo de los Estados Unidos, las simpatías de Thoreau estaban con México. <<

[4] Eben-Ezer, o «piedra de la ayuda», monumento erigido por Samuel tras derrotar a los filisteos (1 Sam 7: 7-12). Convertido en nombre de pila, el más famoso es el Ebenezer Scrooge del *Cuento de Navidad* de Dickens. <<

[5] Thoreau podía citar de memoria el *Paraíso perdido* de John Milton, que se abre cantando «Del primer hombre la desobediencia, / Y del fruto del árbol prohibido» (traducción de E. Pujals, Cátedra, Madrid, 1986). <<

[6] Podría referirse a *Laws of Man's Social Nature*, publicado por Harriet Martineau en ese mismo año. <<

[7] Thoreau evoca a Shakespeare: «Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, / que las soñadas en tu filosofía» (*Hamlet*, I, vv, 17-18). <<

[8] El poeta es William Wordsworth: «El mundo es demasiado para nosotros: siempre / recibiendo y gastando, disipamos las fuerzas» (traducción de J. M. Valverde, Planeta, Barcelona, 1989). <<

[9] Alusión a ‘Dejection: An Ode’ (1802), de Coleridge. <<

[10] Thoreau evoca otro verso shakesperiano: «I am dying, Egypt, dying»  
(*Antony and Cleopatra*, IV, xvi, v. 43). <<

[11] El pasaje salta de la perspectiva humana a la de los peces, para quienes Thoreau, al acercarse a beber, es como un pez (“fish”) en el cielo estrellado; otra interpretación podría ser que, al ver el cielo reflejado en el agua, Thoreau deseara pescar (“fish”) en él. <<

[12] Eugène Labaume (1783-1849) publicó en 1814 un relato de la incursión napoleónica (*Relation circonstanciée de la campagne de Russie*) que fue rápidamente traducido al inglés. <<

[13] D. D. son las siglas de *Divinity Doctor*, doctor en teología. <<

[14] El juego de palabras de Thoreau, usual en el *Journal*, abarca toda la frase: “Though willed, or *wild*, it is not willful in its wildness”. <<

[15] El “Prety Poll” y “Polly want a cracker” del original son expresiones que se enseñaban a los loros domésticos, que Thoreau contrapone al halcón salvaje. <<

[16] El neologismo de Thoreau, en esta revisión de la mitología, es “musquetaquidding”, según el nombre indio del río Concord, que contrapone al clásico Meandro, un río de Asia Menor cuyo tortuoso curso ha dado nombre a ese fenómeno fluvial. <<

[17] Thoreau se refiere a ‘The Charge of the Heavy Brigade at Balaclava’, del poeta laureado Alfred Tennyson (1809-1892). Thoreau compuso varios escritos sobre John Brown, el líder abolicionista, como ‘A Plea for Captain Brown’ (Defensa del capitán Brown) y ‘The Last Days of John Brown’ (los últimos días de John Brown). <<

[18] La “peculiar institution” es el eufemismo utilizado en tiempos de Thoreau para referirse a la esclavitud. <<

[19] “It will pay”. El *Oxford English Dictionary* señala como significado de esta expresión «recompensar a alguien las molestias o gastos, proporcionar un resultado adecuado, ser ventajoso», y data su primer uso impreso en 1812.

<<

[20] Se dice que Demóstenes practicaba la elocuencia con piedras en la boca para mejorar su dicción. <<

[21] “Western Isles” podría referirse a las Hébridas, pero tal vez Thoreau esté pensando en las Canarias, de donde es típico el drago. <<